

**El lugar de “La carroza de Bolívar” en la tradición literaria bolivariana**

Gloria Milena Pinta Rodríguez

UNIVERSIDAD DEL VALLE  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
ESCUELA DE ESTUDIOS LITERARIOS  
MAESTRÍA EN LITERATURAS COLOMBIANA Y LATINOAMERICANA

Cali, Colombia

2015

**El lugar de “La carroza de Bolívar” en la tradición literaria bolivariana**

Gloria Milena Pinta Rodríguez

Tesis de maestría para optar al título de:  
MAGÍSTER EN LITERATURAS COLOMBIANA Y LATINOAMERICANA

Director:  
Darío Henao Restrepo

UNIVERSIDAD DEL VALLE  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
ESCUELA DE ESTUDIOS LITERARIOS  
MAESTRÍA EN LITERATURAS COLOMBIANA Y LATINOAMERICANA

Cali, Colombia

2015

**NOTA DE ACEPTACIÓN**

---

---

---

---

---

**JURADO**

---

**JURADO**

Santiago de Cali, diciembre de 2015

## **DEDICATORIA**

A Dios por iluminarme y darme la fortaleza para culminar este proyecto.

A mi familia a mis padres Juan y Amalia a mis hermanos y sobrinos

## **AGRADECIMIENTOS**

En este tiempo he tenido la enorme suerte y satisfacción de conocer y de trabajar con personas que me han ayudado en la consecución de este logro y a las que les estoy profundamente agradecida.

Quiero expresar mis agradecimientos a los profesores Darío Henao Restrepo, María Mercedes Ortiz, Hernando Urriago Benítez, María Antonieta Gómez, Julián Jiménez, Fabio Martínez, Edgar Collazos quienes compartieron y contribuyeron en mi formación académica por mi paso en la Universidad del Valle.

Al Doctor Darío Henao Restrepo, quien ha sido mi asesor y orientador quiero agradecerle por el tiempo, el esfuerzo dedicado y los continuos consejos brindados en la elaboración de mi trabajo de grado.

A Ramiro García y Bladimir Uscatequi por su amistad y apoyo incondicional.

Pero especialmente quisiera darle las gracias a mi familia que siempre ha confiado en mí y me han apoyado en todos los proyectos de mi vida.

## Índice

Resumen / Abstract	p. 7
Introducción	p. 8
Capítulo 1. La novela histórica y la tradición literaria bolivariana	p. 10
1.1. Generalidades de la novela histórica	p. 10
1.2. La tradición literaria “bolivariana”	p. 17
1.3. Principales características de la novela de Rosero	p. 24
Capítulo 2. El imaginario sureño de la gesta libertadora	p. 28
2.1. El contexto histórico	p. 28
2.2. El relato novelesco	p. 43
Capítulo 3. El Bolívar de Rosero	p. 47
Referencias	p. 59

## **Resumen**

El presente trabajo pretende establecer el lugar que ocupa la novela de Evelio Rosero “La carroza de Bolívar” en el contexto de la tradición literaria bolivariana. Para ello se ha procedido en un primer momento a describir algunas características de la “novela histórica”, los principales antecedentes de dicha tradición y las características más notables de la novela de Rosero. Posteriormente, el texto hace una exploración hacia el imaginario de los pueblos del sur de Colombia acerca de la campaña libertadora de Bolívar, pues esta provee el marco histórico (el “tiempo”) en el que se desarrolla la novela. Finalmente, el trabajo hace un análisis de las particularidades de la historia y los personajes de la novela identificando sobre todo algunos elementos simbólicos que pueden aportar pistas para una lectura de la historia de Bolívar pero también de los pueblos del sur de Colombia.

*Palabras clave:* Evelio Rosero, Simón Bolívar, Literatura latinoamericana, literatura bolivariana.

## **Abstract**

This paper aims to establish the place of Evelio Rosero's novel "La carroza de Bolívar" in the context of the Bolivarian literary tradition. In consequence we proceeded at first to describe some characteristics of the "historical novel", the main background of this tradition and the most notable features of the Rosero's novel. Subsequently, the text makes an exploration into the imagination of the people of southern Colombia about the liberating campaign of Bolivar, as this provides the historical context ("time") where the novel takes place. Finally, the paper analyses the particularities of the story and characters of the novel identifying especially some symbolic elements that can provide clues to a reading of the history of Bolivar but also of the peoples of southern Colombia.

*Keywords:* Evelio Rosero, Simón Bolívar, latinoamerican literature, Bolivarian literature.

## *Introducción*

La novela *La carroza de Bolívar* de Evelio Rosero Diago se inscribe en una larga tradición literaria que tiene a Bolívar como tema central o periférico. Baste mencionar el retrato que hace Gabriel García Márquez en su novela “El general en su laberinto” o las más recientes “En busca de Bolívar” de William Ospina y “Ahí les dejo la gloria” de Mauricio Vargas, para hablar sólo del contexto colombiano. Así mismo, en el departamento de Nariño se cuentan varias publicaciones dedicadas a la “cuestión bolivariana” (incluida la narración infantil “El intrépido Simón” de Carlos Bastidas Padilla). Así pues, la novela de Rosero puede ser valorada en sus variados aspectos tanto formales como también en cuanto a su contenido “histórico” con relación a esa tradición literaria. Si bien la “novela histórica” (género al que pertenecen las obras citadas) plantea una zona de bruma entre la novela de ficción y la Historia en la cual se permiten varias “licencias” al narrador, también es cierto que gran parte de la calidad de dichas obras reside en el manejo que de los elementos históricos haga el autor, pues se entiende que la “novela histórica” está llamada a aportar luces, a partir de los recursos literarios, sobre la Historia y no a falsearla.

De este modo, un análisis de los elementos literarios e históricos contenidos en “La carroza de Bolívar” puede permitir una valoración crítica de la novela en el contexto de la tradición mencionada. Pero además, la novela, debido a su contexto socio-histórico más amplio, permite así mismo acceder a una cierta “imagen” (o a un determinado “imaginario”) de Bolívar que se tiene en la zona Sur de Colombia. Esto último podría ayudar a ubicar el “lugar” de la novela (y del personaje de Bolívar) en el contexto de la literatura bolivariana en general.

*La carroza de Bolívar* ofrece un retrato de Bolívar a la vez que una aproximación al “imaginario” que de la gesta libertadora se tiene en el departamento de Nariño. Es bastante conocida la resistencia del pueblo pastuso (resistencia liderada por el caudillo Agustín Agualongo) a la campaña libertadora, lo cual ha generado todo tipo de discusiones acerca del significado y motivos de dicha resistencia. En ese “imaginario”, la imagen del Libertador difiere no poco de la imagen “canónica” (por llamarla de algún modo) legada



por la tradición historiográfica. La novela de Rosero plantea, pues, un interesante escenario dialéctico en donde estas visiones se ven confrontadas. Sin embargo, el personaje de Bolívar, aunque de modo solapado y marginal, también puede valorarse de acuerdo a la descripción planteada en el libro, lo cual permite contrastarlo con las caracterizaciones provistas por otros novelistas.

## Capítulo 1

### *La novela histórica y la tradición literaria bolivariana*

*“La historia del mundo no es sino la biografía de los grandes hombres”.*

Carlyle.

#### *1.1. Generalidades de la novela histórica*

*La carroza de Bolívar* de Evelio Rosero se inscribe dentro de la tradición de la denominada “novela histórica”, por lo que, para entender el sentido de la propuesta, se hacen necesarias algunas generalidades al respecto de este género.

Se denomina “novela histórica” a un cierto tipo de narración en la que se conjugan características del discurso histórico y técnicas de la literatura de ficción. Aunque se suele señalar a Walter Scott como el pionero de la novela histórica, es de resaltar que ésta tuvo su mayor auge en el contexto del movimiento romántico europeo (principalmente en Francia, Alemania e Italia). En efecto, autores como Alejandro Dumas (padre e hijo), Gustave Flaubert, Stendhal (Henri Beyle) o Benito Pérez Galdós frecuentarían la técnica y sentarían las características distintivas de un género que en adelante tendría gran aceptación. Sobre todo los varios volúmenes de los *Episodios nacionales* de Pérez Galdós parecen haber sido la culminación de una labor cuya influencia llegaría hasta el siglo presente. Baste mencionar el caso del novelista español Arturo Pérez-Reverte quien ha revitalizado el género en varias de sus obras, más notablemente en la serie dedicada al Capitán Alatriste. La deuda de Pérez-Reverte con la tradición decimonónica en general y con Galdós en particular se materializaría en 2004 con una nueva versión novelada de la batalla de Trafalgar (*Cabo Trafalgar*), evento histórico que inaugura la famosa serie de Galdós. Pérez-Reverte incluso nos ofrece, por boca de un personaje de su novela *El Club Dumas*, una buena descripción del

método de la novela histórica: “respetar el marco y alterar el cuadro”, es decir, alterar o inventar una serie de eventos dentro de un contexto (el “marco”) histórico específico.

Teniendo como punto de partida lo antedicho, investigadores como Seymour Menton han analizado el desarrollo histórico y temático de la novela histórica en el contexto iberoamericano. Así, la novela histórica se caracteriza, según lo explica Menton, por el hecho de que la acción que se desarrolla en la misma se ubica mayoritariamente en el pasado, con la salvedad de que el autor puede haber o no vivenciado tal pasado. Esta definición, prosigue Menton, posibilitaría el análisis de “la reciente proliferación de la novela histórica latinoamericana” (1993, p. 32). Esta opinión estaría en concordancia con la de Anderson Imbert (1951), quien define a las novelas históricas como novelas en las que la acción que involucran acontece en una época que precede al autor de la misma. Esta coincidencia en la definición permite delimitar entonces el concepto de novela histórica, de tal modo que sea posible hacer un inventario de las narraciones pertenecientes al género.

Siguiendo, pues, el criterio señalado, Menton ha explicado la exclusión de este grupo de novelas como *Sobre héroes y tumbas* de Ernesto Sábato, publicada en el año 1962 o *La novela de Perón* de Tomás Eloy Martínez. Incluso, las zagas familiares y generacionales son consideradas ajenas a esta tradición, como por ejemplo *Cien años de soledad* (1967) de Gabriel García Márquez y *Los Capelli* de Yolanda Camarano de Sucre, publicada el mismo año que la anterior: 1967 (Menton, 1993, pp. 33-34). No obstante lo anterior, este autor reconoce que el concepto no es totalmente inequívoco y ciertas exclusiones son bastante discutibles:

Más difícil es justificar la exclusión de la categoría de novela histórica de aquellas novelas cuyos narradores o personajes están anclados en el presente o en el pasado reciente pero cuyo tema principal es la re-creación de la vida y los tiempos de un personaje histórico lejano (p. 34).

Para ejemplificar esta dificultad, el autor cita la obra *Los cuatro reyes de la baraja* (1991), cuyo autor es Francisco Herrera Luque. Así mismo, explica la situación particular de novelas como *La insólita historia de la Santa de Cabora* escrita por Brianda Domecq (año 1990) y *El México de Egerton, 1831-1842* de Mario Moya Palencia, del año 1991, novelas en las que el narrador o bien un personaje inserto en el tiempo presente de la narración se interesa o se ve inmerso en un periodo particular del pasado. En estos casos, señala Menton, no pueden excluirse del género (Menton, 1993, p. 34).

Por otra parte, ha señalado también que la “novela histórica” deberá diferenciarse de la posterior *Nueva Novela Histórica*. La primera se caracteriza por el romanticismo, encontrándose sus orígenes en el siglo XIX y evolucionando ya en el siglo XX hacia el criollismo, el modernismo y el existencialismo; este tipo de novelas tuvieron gran influencia en el desarrollo de la “novela nacional” (de la que la serie de Galdós sería su mejor ejemplo). En el desarrollo del género se identifica también la novela histórica realista, de la cual fue expositora la obra *La marquesa de Yolombó* (1928) del colombiano Tomás Carrasquilla.

En contraste, se encuentran las novelas históricas que fueron influenciadas por el modernismo, tales como *El evangelio del amor* escrita por Enrique Gómez Carrillo y publicada en 1922; *Sor Adoración del Divino Verbo* escrita por Julio Jiménez Rueda, del año 1923 y *La gloria de don Ramiro* de Enrique Larreta, del año 1908. El movimiento modernista se desarrolló de 1882 a 1915 y las novelas de tipo histórico escritas bajo esta influencia “estaban tratando de encontrar alternativas al realismo costumbrista, al naturalismo positivista, al materialismo burgués, y en el caso de México, a la turbulencia revolucionaria” (Menton, 1993, p. 37). En la misma línea, al hablar de las novelas históricas en el marco del “predominio criollista” (desde 1915 a 1945) ha de tenerse en cuenta el hecho de que “la búsqueda de la identidad nacional volvió a ser una preocupación importante, pero con énfasis en los problemas contemporáneos: la lucha entre la civilización urbana y la barbarie rural, la explotación socioeconómica y el

racismo” (Ibíd.). Dentro de las novelas históricas escritas en este periodo se encuentran *Matalaché* escrita por Enrique López Albújar (de 1924); *O continente* de Erico Verissimo (del año 1949) y *Pobre negro* escrita por Rómulo Gallegos (1937) (Menton, 1993, pp. 37-38).

Sin embargo, ya en la segunda mitad del s. XX y gracias al impulso editorial que supuso el fenómeno del boom latinoamericano, surgiría la *Nueva Novela Histórica*, siendo claves en su nacimiento escritores como el cubano Alejo Carpentier, el mexicano Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa, Jorge Luis Borges o Augusto Roa Bastos. Como ejemplos de esta *nueva novela histórica* el autor cita a *El reino de este mundo* de Alejo Carpentier (1949); *El mundo alucinante* de Reinaldo Arenas (1969) o *Morada interior* de Angelina Muñiz (1972) (Menton, 1993, pp. 46-47). A nivel de Europa y de los Estados Unidos se encuentran ejemplos como *Orlando* de Virginia Woolf (escrita en 1928, esta novela puede catalogarse como la primer novela de esta corriente); *The Soth-Weed Factor* (publicada en 1960 por John Bath); *Napoleon Symphony* (escrita por Anthony Burgess, publicada en 1974) y *El nombre de la rosa* (1980) de Umberto Eco. A esta lista de Menton podemos agregar las ya mencionadas novelas de Pérez-Reverte (especialmente *El vuelo del águila*) así como algunas de Marguerite Yourcenar (*Memorias de Adriano* u *Opus Nigrum*).

Ahora, bien, esta *nueva novela histórica* se diferencia de la novela histórica de ascendencia romántica por ciertos elementos que son señalados por Menton; así:

1. “La subordinación, en distintos grados, de la reproducción mimética de cierto periodo histórico a la presentación de algunas ideas filosóficas, difundidas en los cuentos de Borges y aplicables a todos los periodos del pasado, del presente y del futuro”. (En muchas de las narraciones más decididamente “nacionales” de Borges, el autor argentino ha tratado de evocar las características propias del

gaucho; así mismo, en varios ensayos ha declarado su admiración y deuda con José Hernández, autor del poema épico *Martin Fierro*).

2. “La distorsión consciente de la historia mediante omisiones, exageraciones y anacronismos”. Como se analizará más adelante, esta será una de las características más notables de la obra de Rosero.
3. “La ficcionalización de personajes históricos a diferencia de la fórmula de Walter Scott –aprobada por Lukács- de protagonistas ficticios”. Estos dos puntos son bastante frecuentes en los autores del boom, como puede evidenciarse en las novelas de García Márquez, Vargas Llosa, Carpentier o Miguel Ángel Asturias. Es este el recurso característico de la nueva novela histórica más evidente en la novela de Rosero, pues, pese a que muchas de las acciones de los personajes históricos (Bolívar en primer lugar) proceden de fuentes históricas (principalmente historiadores nariñenses como José Rafael Sañudo o Sergio Elías Ortíz), muchas otras parecen ser deliberadamente inventadas o al menos adecuadas a la trama principal.
4. “La metaficción o comentarios del narrador sobre el proceso de creación”.
5. “La intertextualidad”. Método bastante frecuentado por el mencionado Pérez-Reverte y evidente sobre todo en su citada novela *El club Dumas*, en donde el autor sugiere una correspondencia entre su novela y la zaga de *Los tres mosqueteros* de Dumas. Así mismo, Evelio Rosero parece recrear de manera novelesca la narración histórica de Sañudo, especialmente a través del personaje de Arcaín Chivo, quien narra buena parte de esa historia.
6. “Los conceptos bajtinianos de lo dialógico, lo carnavalesco, la parodia y la heteroglosia”. (1993, pp. 42-44). Este último punto será otro de los elementos clave en la construcción de la novela de Rosero, como se verá más adelante.

Finalmente, hemos de señalar la opinión de Fernando Ainsa, según el cual “la intención del autor de novelas históricas puede ser tanto introspectiva e intimista como testimonial y realista, aunque en ambos casos la tendencia de la ficción es la de

subjetivar lo histórico” (1997, p. 118). Respecto a la intención introspectiva, se encuentra que la historia se aborda como un “proceso interno” que se traduce en un uso más libre de personas y de tiempos verbales por parte del narrador. De esta manera, bajo esta intención “los sucesos que se conocen informativamente por la historia, son “vivificados” gracias al arte de narrar, dando la sensación de que, además de sabidos, han sido experimentados.” (Ibíd.). Por su parte, la intención realista-testimonial da cuenta de la aspiración de ser un “objetivo narrador realista” por parte del autor de novelas históricas. Ejemplos de esta intención se hallan en *Salambó*, escrita por Gustave Flaubert y *Bomarzo*, de Manuel Mujica Lainez.

De todo lo anterior, tenemos entonces que, como lo resume Celia Fernández Prieto:

La novela histórica se configura como un tipo de ficción híbrida, en cuyo universo coexisten personajes y acontecimientos ya codificados historiográficamente con otros inventados, y que sitúa la acción en un pasado histórico concreto y reconocible por los lectores merced a las descripciones de usos y costumbres de la época (2005, pp. 76-77).

Sin embargo, como explica Perdomo (2014), la relación existente entre el discurso histórico y el discurso ficticio no ha estado exenta de polémica:

en especial se ha cuestionado si la historia se limita a narrar los hechos que corresponden a algún momento del pasado y si la literatura se encarga de narrar solamente acontecimientos imaginados (...) La tensión presente “entre la narrativización de la historia, su posible carácter ficticio y la veracidad de la literatura se ha mantenido durante años” (Perdomo, 2014, p. 19).

Pese a la existencia de estas diferencias profundas, el autor expresa que la “novela histórica actual”, y en específico, el apogeo que vive la misma, impacta de

manera positiva en matizar las diferencias mencionadas entre la literatura y la historia. Se destaca además el importante papel que juega la novela histórica al aportar “una voz a los vacíos de la historiografía” (Perdomo, 2014, p. 20). Más allá de las polémicas que se presentan, se destaca en este campo el interés en entender los acontecimientos pasados buscando poder aprender de los mismos. A su vez, se pretende comprender aquellos hechos que incidieron en la configuración de la sociedad.

En general, el calificativo de “histórica” podría realizarse a cualquier novela, puesto que esta involucra un contexto social y este desempeña un importante papel en lo que refiere a los personajes que involucra. Según Lukács:

la novela histórica es aquella que trata de algún tema del pasado con verdadero sentido histórico, ya que respeta las peculiaridades de tal pasado, revitalizándolo en una creación realista que pone en primer término los acontecimientos que transforman la vida social y los personajes que mejor representan a la época. (Citado en Perdomo, 2014, p. 20).

El sentido histórico aparece como una característica importante dentro de lo que es considerado novela histórica por Lukács. Según esto, “la valoración sobre el mundo se presenta desde el momento histórico al cual pertenece el personaje. Por ello, la novela histórica es fundamentalmente realista” (p. 20). El realismo juega un papel bastante importante en el desarrollo de la novela. El realismo ha de cumplir una función “revitalizadora” del pasado. Este hecho torna la labor resultante de un escritor similar a los trabajos que puede presentar la historia o bien la historiografía: la realidad de la obra creada por el escritor es similar a aquella que ofrece la historia. La novela histórica no solo retorna al pasado, sino que expresa un interés en el mismo en tanto que “en el pasado se presenta algo vivo. La novela histórica permite volver al pasado para revivir su verdad y su realidad” (p. 21).



## 1.2. La tradición literaria “bolivariana”

El objetivo de este aparte es presentar un “estado del arte” respecto a lo que en adelante llamaremos la literatura bolivariana, es decir, el conjunto de obras literarias que han tenido a Simón Bolívar como personaje principal o incluso secundario o que hayan, así mismo, relatado las circunstancias de la gesta libertadora.

Como se ha apuntado en la Introducción de esta investigación, la novela *La carroza de Bolívar* del escritor bogotano Evelio José Rosero Diago se inscribe en una larga tradición que comienza a finales del siglo XIX y continua hasta nuestros días, como lo demuestra la publicación de la novela de Rosero como también de las recientes *En busca de Bolívar* del poeta tolimense William Ospina o *Ahí les dejo la gloria* del periodista Mauricio Vargas. En esta tradición se han destacado dos visiones o “lecturas”, a veces antagónicas o contradictorias, las cuales han enriquecido y matizado el retrato histórico del héroe de la Independencia.

Si bien el género de la novela histórica tuvo un acentuado auge a mediados y finales del siglo XIX (se ha citado al norteamericano Walter Scott como uno de sus precursores), algunos estudiosos señalan que el tema bolivariano pasó casi inadvertido para los cultores del género y apenas si hubo novelas importantes en el mencionado siglo. En el contexto ibérico, cabe resaltar que Benito Pérez Galdós, quizá el más importante cronista de su época y a quien se deben los muchos tomos de los *Episodios Nacionales* en los que novelaba acerca de los acontecimientos históricos más importantes del siglo, menciona los acontecimientos americanos apenas de pasada. Sería apenas en 1914 que Miguel de Unamuno publicaría su obra *Don Quijote Bolívar*, obra que, además, presentaría uno de los primeros símiles entre los dos personajes.

En América Latina, sin embargo, se habían dado a imprenta algunas de las primeras obras acerca del Libertador, todas ellas firmadas por algunos de los

representantes más notables de las letras americanas: en 1883, el cubano José Martí publica su *Simón Bolívar*; más o menos por la misma época (1882–83) el ambateño Juan Montalvo (famoso libelista que se exiliaría en la ciudad de Ipiales a la que apodararía “ciudad de las nubes verdes”) publica los dos tomos de sus *Siete tratados*, en el segundo de los cuales incluiría el ensayo “Los héroes de la emancipación de la raza hispanoamericana” en el cual haría un recuento de la gesta libertadora y compararía a Bolívar con Napoleón y Washington. Finalmente, en 1912 aparecería el libro *Bolívar* de José Enrique Rodó y ya 1930 *El andante caballero de la democracia* de Guillermo Valencia.

Estas primeras obras definen lo que empezaría a ser “el mito” de Bolívar: un personaje heroico, hercúleo, a la par del Cid, Napoleón o, ya haciendo referencia a un temprano poema del escritor ecuatoriano José Joaquín de Olmedo, “Canto a Bolívar” (también llamado “La victoria de Junín” y publicado en 1825), una suerte de héroe griego; Olmedo, efectivamente, llegaría a compararlo con el dios Júpiter. Así mismo, el paralelismo con Napoleón, por ejemplo, estaba justificado por las similitudes en sus respectivas campañas y derrotas definitivas en Waterloo y Ayacucho, así como a la admiración que le había prodigado Bolívar al Emperador.

Esta visión heroica de Bolívar respondía también a los planteamientos teóricos y dramáticos del romanticismo europeo, de modo que Simón Bolívar, como personaje, encajaba a la perfección en el arquetipo de la novela romántica de tradición inglesa o francesa: las calculadas dosis de heroísmo, fiera valentía y ardorosos a la par que tremebundos romances (principalmente, aunque no sólo, con Manuela Sáenz) del personaje real (de la persona) permitieron que el influjo romántico al estilo de Goethe o Dumas se adaptara a las circunstancias americanas. Esto justificaría, quizá, el tardío interés en el personaje del Libertador, pues antes del romanticismo la historia de sus empresas y su vida no interesaban como material literario, sino solamente histórico. Es, pues, el Romanticismo como movimiento literario el que ofrece unas formas que

permiten la narración de dichos hechos. Incluso cuando no es personaje principal, Bolívar se convierte en un personaje ineludible alrededor del cual giran otras historias, a la manera del Napoleón de Stendhal, cuya figura ronda una y otra vez a los personajes de *Rojo y Negro* y *La cartuja de Parma*.

Esta visión romántica, sin embargo, empezaría a ser contrastada y desdicha desde muy temprano. En este aspecto, hay que mencionar el famoso artículo (por encargo) que ya en 1858 había publicado Marx en la cual acusaba al Libertador de ser un héroe burgués y de costumbres aristocráticas. Esta temprana crítica sería muy influyente en la visión que del personaje tendría un historiador como Germán Arciniegas, uno de los más acérrimos detractores de Bolívar (o al menos de su política centralista) a quien opone la figura de Francisco de Paula Santander. Arciniegas, sin embargo, reconocerá a Bolívar como un artífice no solo de la Independencia, sino también de la República. Así mismo, el peruano Ricardo Palma, en sus *Tradiciones peruanas* (publicadas en diversos volúmenes a partir de 1872) haría un retrato adverso del Libertador, a la vez que cita una de sus frases más conocidas y polémicas: “Los tres grandísimos majaderos del mundo hemos sido Jesucristo, Don Quijote y yo”, frase que evidencia la estimación que de sí mismo tenía Bolívar, sobre-estimación que sería una de las pruebas que más comúnmente esgrimirían sus críticos más acusados.

Ya en los años treinta del siglo XX la obra histórica de José Rafael Sañudo (referente principal de la novela de Rosero) haría énfasis en la cruenta campaña en el Sur de Colombia y presentaría un retrato de Bolívar que no se correspondía con los atributos y virtudes que le habían endilgado los cronistas predecesores, sino más bien con el prototipo de tirano a quien la resistencia de Agualongo hacía más evidente. A este autor se debe, pues, el surgimiento de una tendencia, el denominado “Agualonguismo”, a desacreditar los logros y proezas del héroe de la Independencia y ensalzar la empresa del otro héroe castizo, Agualongo. También en la misma época, la novela *Las lanzas coloradas* del venezolano Arturo Uslar Pietri, publicada en 1931, aunque no tiene a

Bolívar como personaje principal, sí narraría las adversidades y fracasos de su campaña en suelo patriota.

Mientras tanto, las biografías y estudios de Bolívar iban en aumento, publicándose los más destacados, como las biografías de Gerhard Masur, Salvador de Madariaga, Waldo Frank, John Lynch o Indalecio Liévano Aguirre. En la mayoría de ellas, el personaje de Bolívar empieza a mostrarse más completo; aunque se hace énfasis en su gesta americana, los datos biográficos añaden detalles que empiezan a reflejar el carácter humano del héroe. Incluso datos en apariencia irrelevantes, como por ejemplo su estatura, ya muestran a un Bolívar menos mítico de como se lo pintó en el siglo pasado. Un ejemplo primigenio de ello es el cuento “Un historiador problemático” del escritor y diplomático santandereano Pedro Gómez Valderrama, cuento incluido en su libro *La procesión de los ardientes* de 1973.

Estas narraciones biográficas tendrían un efecto inmediato en la literatura posterior a la segunda mitad del siglo XX, las cuales, más que desmitificar, parecían tener la tarea de “humanizar” a Bolívar, de restituirle los rasgos más reconocibles y despojarlo de las características míticas. De ese modo, el personaje empieza a mostrarse como un ser falible, pero también débil, enfermizo, caprichoso. Ese es al menos el retrato que se puede ver en dos novelas claves de la tradición bolivariana reciente: *Las cenizas del Libertador* del colombiano Fernando Cruz Kronfly, publicada en 1987, y *El general en su laberinto* del también colombiano Gabriel García Márquez, publicada apenas dos años más tarde. Aparte del distanciamiento que plantean estas novelas respecto del arquetipo “clásico”, ambas tienen la particularidad de centrarse en los últimos días de la vida del Libertador, un período escasamente documentado hasta el punto de que el propio Nobel reconocía que en aquella época Bolívar dictó apenas “tres o cuatro cartas”, gesto extraño en un hombre a quien el Nobel adjudica más de diez mil.

Sin embargo, estas dos narraciones, y especialmente la de García Márquez, tendrían su origen más inmediato en un breve relato escrito pocos años antes por Álvaro Mutis, titulado “El último rostro” y publicado originalmente en el año de 1974. En dicho relato, el narrador cuenta haber adquirido unos manuscritos de un tal Coronel Napierski, quien había hecho parte, ya al final de la campaña libertadora, de los ejércitos de Bolívar<sup>1</sup>. Los manuscritos relatan, pues, algunos hechos referidos a los últimos días del General. García Márquez reconocerá su deuda con el retrato dedicándole su novela a Mutis y admitiendo que recibió de él la idea de escribirla.

Sin embargo, más allá de las vicisitudes de su gestación, la novela de García Márquez interesa por el tratamiento que hace del personaje. Aunque podemos decir que es una visión simpática a Bolívar, su retrato es decadente y patético. El héroe es pintado como un ser enfermo, caprichoso y atemorizado por horribles pesadillas. La gloria ha cedido para dar paso al escarnio y la escoriación. Bolívar no es bien recibido en ningún lado y, al contrario, debe incluso esconderse para no ser asesinado. El prurito documental de García Márquez, sin embargo, permite conocer detalles íntimos del personaje, de manera que ese proceso de “humanización” es llevado a sus extremos. En definitiva, el héroe lo sigue siendo, pero es ahora un héroe humano que experimenta el declive inevitable de los héroes humanos. Nuevamente el paralelismo con Napoleón se hace evidente, pues el derrotado Simón Bolívar es prácticamente expulsado de Colombia del mismo modo que lo fue el Emperador después de los Cien días, expulsado definitivamente a la Isla de Santa Elena.

Tal descripción del prohombre provocó no pocas airadas reacciones por parte de las Academias de Historia de Colombia y Venezuela. La imagen de un Bolívar heroico, impoluto, casi divino, se desmoronaba ante la imagen de un ser de carne y hueso, bajito,

---

<sup>1</sup> Este artificio de Mutis está también emparentado con la tradición romántica decimonónica. Por poner un ejemplo, el mismo Stendhal relata haber adquirido unos legajos que contenían misceláneas historias medievales que el autor “tradujo” y publicó como “crónicas” históricas (las denominadas *Crónicas italianas*).

escuálido, tembloroso y con el cuerpo enfermo. La escasa documentación histórica o testimonial de ese período de tiempo en el cual transcurre la novela, parecen haberle permitido al escritor ciertas licencias literarias, creando un personaje nuevo, completamente alejado de los trillados lugares comunes de la novela de aventuras o la novela histórica (que comparte con la primera muchas de sus características). La novela de García Márquez supone, entonces, la consagración de una cierta visión acerca del personaje de Bolívar, una visión que elude el maniqueísmo y el reductivo esquema “bueno / malo”. Por el contrario, a partir de entonces Simón Bolívar se presenta como un ser extremadamente complejo, contradictorio incluso, pero en todo caso ajeno a los arquetipos en los que se quiso enclaustrarlo en los albores de la novela histórica.

En tiempos recientes, incluso, una obra de teatro como “Augualongo”, escrita por Juan Carlos Moyano (llevada a escena por el Teatro Tierra bajo su dirección) y basada en una exhaustiva investigación acerca del caudillo pastuso y su relación con el héroe de la Independencia, muestra las profundas contradicciones de estos personajes. La gloria se plantea al lado del deshonor, el espíritu libertario al lado de las actitudes más conservadoras y tiránicas, etc.

Volviendo al campo de la novela, a partir del año 1992, año en que se conmemoraba los 500 años del Descubrimiento de América, las publicaciones acerca de Bolívar o cuyo tema es la campaña libertadora empiezan a multiplicarse. Así, Andrés Hoyos publica en ese año su novela *Conviene a los felices permanecer en casa* mientras que en 1997 Álvaro Pineda Botero publicará *El insondable*. Ya en nuestro siglo, podemos mencionar las cuatro obras de tema bolivariano de Víctor Paz Otero: *El destino en la sombra* del año 2006, *La agonía erótica. De Bolívar, el amor y la muerte* de 2005, *La otra agonía. La pasión de Manuela Sáenz* de 2006 y *Bolívar. Delirio y epopeya* de 2008.

Así mismo, el auge de la novela de corte histórico se evidencia en las novelas *El Mariscal que vivió de prisa* de Mauricio Vargas, *Tanta sangre vista* y *Vuelvan caras, carajo*

de Rafael Baena, *Historia secreta de Costaguana* de Juan Gabriel Vásquez, *La risa del cuervo* de Álvaro Miranda, *Amores sin tregua* de María Cristina Restrepo, *Folletín de cabo roto* de Octavio Escobar Giraldo y *Fuego de amor encendido* de José Libardo Porras.

También en Nariño, el escritor Carlos Bastidas Padilla ha escrito un ensayo histórico, *Perfiles de Bomboná* del año 1975, ensayo con el cual ganaría el premio Nacional de Historia otorgado por la Casa de Cultura de Nariño en conmemoración del sesquicentenario de la batalla de Bomboná. Así mismo, en 1983 publicaría el relato *El intrépido Simón*, versión para el público infantil de la gesta libertadora protagonizada por Simón Bolívar que fue escogida por el Ministerio de Educación de Venezuela como texto de lectura para niños y jóvenes de ese país. Finalmente, su obra *El guerrero y los centauros* publicada en 2010, aunque centrada en la vida del general Francisco de Paula Santander, aborda el tema bolivariano, como no podría ser de otro modo.

Esta relación de obras dedicadas a Bolívar o a eventos históricos relacionados con él, evidencia la enorme importancia que tiene para la historia pero también para la literatura americana. Sea cual sea la “visión”, “lectura” o “retrato” que se haga de él, el caraqueño parece ser una figura ineludible sin la cual no se comprende la Historia de nuestras naciones. Hay un antes y después de él en la historia de América y, para bien o para mal, fue él quien determinó el futuro de muchos pueblos. Es en este contexto, entonces, en que habría que situar y leer la novela de Rosero, pues ésta ofrece muchas lecturas y referencias extra-literarias. Incluso, la ascendencia sureña del escritor parece haber sido un factor clave a la hora de abordar la historia del personaje, tomado de algún modo partido por la versión “no oficial” de la Historia.

### *1.3. Principales características de la novela de Rosero*

La novela de Rosero posee unas características, tanto a nivel formal como a nivel de la trama, que hacen difícil su ubicación tanto en la tradición literaria como en la tradición de la novela histórica. En primer lugar, porque el autor narra al tiempo dos historias, o una historia dentro de otra y en dos tiempos distintos: por un lado, la historia de Justo Pastor Proceso, el presunto protagonista de la novela<sup>2</sup>, y su empresa de construir la infame carroza dedicada al Libertador; por otro, la historia del Libertador mismo contada a través de diversas voces, principalmente Proceso, quien a su vez trae a la memoria dos testimonios más (el de Belencito Jojoa y el de Polina Agrado), pero también su amigo Arcaín Chivo, quien parece ser uno de los principales divulgadores de las tesis de Sañudo. Esta circunstancia hace que la narración sea solipsística, a ratos caótica. La multiplicidad de voces narrativas llega incluso a niveles de confusión, especialmente en la Segunda parte en la que las intervenciones de los personajes (sobre todo Proceso y Chivo) se superponen y solapan hasta el punto de que en muchos párrafos no se sabe muy bien quién dice qué.

Estas particularidades determinan el estilo del autor, el cual se permite ciertas libertades formales. Por ejemplo, el cambio de tiempo o persona gramatical (p. 24-25) o la escritura de párrafos sin punto seguido y diálogos integrados en la narración a la manera de Thomas Bernhard o José Saramago (esto es muy evidente especialmente en el capítulo 1 de la Primera parte).

Sin embargo, la novela, nos parece, puede leerse en un sentido ampliamente simbólico o alegórico (en un sentido borgiano). Sobre este simbolismo o alegoría quisiéramos plantear algunas hipótesis.

---

<sup>2</sup> Digo “presunto” por los motivos que expondré más adelante.



En primer lugar, llama la atención la excesiva teatralidad y jocosidad de los nombres y apodos de los personajes de la novela, algunos de los cuales parecen revelar ciertos rasgos de los mismos. En este punto, el nombre de Justo Pastor Proceso nos parece bastante significativo, en primer lugar por su apellido, pues el ginecólogo parece querer hacer un “proceso” a Bolívar; proceso en sentido judicial, es decir, denunciar sus crímenes y hacerle pagar, extemporáneamente, una pena (la destrucción de su mito). Sin embargo, sus dos nombres también revelan rasgos de su carácter, pues “Justo” es un adjetivo que deriva del nombre “justicia” (otro término asociado al ámbito jurídico/judicial) mientras que Pastor parecería indicar un rol específico entre quienes participan de una u otra manera en su empresa, pues es el quien funge como guía de todos ellos.

En cuanto a su amigo Arcaín Chivo, que es quien aporta las mayores y más importantes interpelaciones a Proceso, éste develar también cierta simbología. Su apellido, Chivo, podría ser interpretado en el sentido de “chivo expiatorio”, pues es él quien, desde su posición de profesor universitario, hará las primeras exposiciones de las antipopulares tesis de Sañudo, ganándose el odio y animadversión de sus estudiantes y directivas universitarias, quienes no dudan en denunciarlo y finalmente echarlo de su cargo. Por otro lado, su nombre parece ser un constructo entre dos términos que también revelan rasgos de su personalidad; así, Arcaín podría ser un compuesto entre “arcaico” y “Caín”; el primer adjetivo podría perfectamente contrastarse con la lozanía y graciosa vitalidad de Primavera, esposa de Proceso, mientras el segundo es una de tantas referencias religiosas que se encuentran en la novela (Belencito Jojoa o Fatima Hurtado serían apenas dos ejemplos). La alegoría de este último nombre, Caín, es a nuestro criterio bastante clara, pues efectivamente el profesor universitario hará el papel de “chivo expiatorio” de la herejía contra Bolívar, rol que se hará evidente con la confesión del propio catedrático: “La amenaza era sencilla: quebrar los dedos de quienes escribieran contra Bolívar. Yo mismo he sufrido en carne propia experiencias parecidas” (p. 110).

La alegoría parece más o menos evidente en los nombres de otros personajes. En el caso de Belencito Jojoa, en la página 134 se dice de él que era carpintero y vivía en el barrio San José Obrero de la ciudad de Pasto. Si tenemos en cuenta que San José, padre de Jesús, fue carpintero y vivía en Belén, la alegoría se hace más que evidente. Más o menos lo mismo ocurre con Fatima Hurtado. Por un lado, su nombre está explícitamente asociado al de la Virgen de Fatima, pues se trata efectivamente de una joven de 13 años, virgen, núbil, párvula, bisoña como la describe el autor (p. 235). Su apellido tampoco carece de interés pues el adjetivo “hurtado” parecería indicar la innoble desposesión que el Libertador pretende hacer precisamente de su donceller.

Finalmente, en la Tercera parte de la novela, los personajes que preparan el atentado al Doctor Proceso son jóvenes revolucionarios de tendencia “marxista-leninista-maoísta” (así los describe el autor en la p. 263) cuyos sobrenombres o alias están referidos todos a héroes revolucionarios arquetípicos; es más, casi todos parecen variaciones del nombre de Lenin (Vladimir Ilich Ulianov “Lenin”). En este caso, sin embargo, más que de alegorías parece tratarse de simples arquetipos o estereotipos destinados a hacer mofa de las prácticas revolucionarias.

La novela también tiene referencias intertextuales, y en este aspecto merece especial mención las referencias a la *Ilíada*. Tres son al menos los indicios que parecen evidenciar esta relación. En primer lugar, la novela empieza con una invocación en segunda persona bastante similar a la invocación con que empieza el poema épico griego: “Ayúdame a desenterrar la sombra del doctor Justo Pastor Proceso López...”, etc. Sin embargo, las alusiones a la *Ilíada* también se hacen evidentes en dos lugares en donde Primavera Pinzón parece asumir el arquetipo de Helena de Troya; así, en la página 113 la referencia a la *Ilíada* es directamente señalada por el alcalde Matías Serrano. Más adelante, empero, la alusión no es explícita aunque se adivina que la trama sugerida está influenciada por la historia del rapto de Helena: “hubo esa guerra entre

dos pueblos, cada uno de sus reyes la quería raptar y la quería tumbar en el lecho nupcial y comérsela” (p. 247).

Por último, quisiéramos señalar la intertextualidad que el autor hace entre su narración y la narración de Sañudo, intertextualidad que ocupa prácticamente toda la Segunda parte de la novela. Sin duda, es bastante poco frecuente, al menos en una novela, que se intercalen largos fragmentos (los cuales muchas veces ocupan varias páginas) de otros textos. Estas referencias llevan a que el protagonista de buena parte de esta segunda sección no sea el Doctor Proceso sino su amigo Arcaín Chivo que es quien más alusiones y datos ofrece de Sañudo y quien, a la postre, termina por imponer la historia de sus propias desventuras: su hostil relación con los alumnos y directivas de la Universidad y su amor no correspondido con Primavera Pinzón.

## Capítulo 2

### *El imaginario sureño de la gesta libertadora*

La novela *La carroza de Bolívar* tiene como eje central la exposición novelada de las tesis del historiador José Rafael Sañudo, quien el 1925 escribiría sus *Estudios sobre la vida de Bolívar*, en el cual aportaría datos hasta entonces inéditos de la vida del libertador que darían una imagen totalmente contraria a la que en ese momento predominaba tanto en las academias de historia como en el imaginario de los habitantes de Pasto y Nariño. En este segundo capítulo, entonces, se intentará caracterizar ese “imaginario” acerca de Bolívar y la campaña libertadora, asunto de crucial importancia toda vez que la novela de Rosero no hace sino avivar el fuego de una polémica que desde Sañudo ha dividido a expertos como a profanos y ha signado el devenir histórico del sur de Colombia.

#### *2.1. El contexto histórico*

Comprender el imaginario que respecto de Bolívar y la campaña libertadora se mantiene tanto en Pasto como en Nariño exige el reconocimiento de los hechos que generaron tal disposición por parte de la población. En el continente, tal como lo señala Gutiérrez (2012), se mantuvo una confrontación entre monárquicos e insurrectos; esto duró de 1809 a 1824. Su culminación se dio una vez se despojó a los realistas de todo poder político en el continente. Ahora bien, esta situación bélica no se reflejó solo en el terreno político y social, sino que a su vez generó una serie de problemáticas en otros ámbitos: “se desencadenaron viejos y nuevos pleitos por el poder, la riqueza y el *status*, dando lugar a una compleja y confusa situación en la cual confluyeron los conflictos de partidos, de clases, étnicos, estamentales, religiosos e ideológicos” (Gutiérrez, 2012, p. 20).

En ese panorama, las comunidades indígenas jugaron un papel sumamente importante al involucrarse en el conflicto, en estas guerras de independencia. Empero, tal participación no se dio de manera conjunta, sino que su fragmentación se explicitó en los bandos en los cuales se desempeñaron: unos indígenas se decantaron por apoyar la independencia, en tanto que otros decidieron apoyar a la monarquía.

Se recalca además en ese contexto la sublevación que realizaron los indios de Pasto una vez había pasado la batalla de Pichincha y parecía que las guerras de independencia se habían resuelto de manera positiva para ese bando. En efecto, tanto indígenas como campesinos pastusos se enfrentaron al Gobierno militar, que era dirigido por el coronel Juan José Flores, el 8 de junio de 1824. No obstante, “todavía a mediados de 1825 la guerrilla de José Benavides se mantenía en actividad, hostigando al ejército republicano y asaltando en los caminos que unían a Pasto y Popayán con Quito” (Gutiérrez, 2012, p. 21).

Dependiendo del bando al cual apoyaron, el trato histórico ha sido sumamente diferenciado. En efecto, se ha brindado prelación a aquellos indígenas que lucharon de parte del bando que clamaba por la independencia. Esta atención brindada por la historiografía nacionalista sudamericana parte de un supuesto. Según este, los indígenas que apoyaban la independencia lo hacían siguiendo no solo “tendencias políticas” que se clasifican como avanzadas para ese momentos, sino también, los intereses de estos grupos inclinados por la independencia y así, los intereses que estas “patrias en gestación” (p. 20). Ahora bien, tal como lo explica Gutiérrez, este enfoque es el que predomina en la historiografía tradicional del país. En efecto, desde esta postura se “suele asumir una perspectiva eminentemente moral para calificar, desde un interesado maniqueísmo nacionalista, la conducta de estos grupos de indios patriotas como políticamente correcta y por consiguiente digna de todo elogio” (Gutiérrez, 2012, pp. 20-21). No obstante, tal situación no se repitió en el caso del abordaje de los “indios realistas”. En efecto, o bien se les condenó directamente, o bien “se les reprochó siempre

su rudeza, fanatismo e incapacidad para comprender “lo que más le convenía a la patria” y, en cambio, empeñarse en defender a sus tradicionales opresores” (Ibíd.).

A esto se suma que los esfuerzos de parte de la historiografía nacionalista tradicional no han sido suficientes al abordar esta situación: no se ha presentado mayor avance en la comprensión de esta situación, como tampoco en la explicación del origen de la sublevación indígena contra el movimiento republicano. Pese a tal ausencia de explicaciones, no han faltado las interpretaciones. Tales interpretaciones, no obstante, han explicitado también una perspectiva que en la que ha primado ignorar lo que ha sucedido (es decir, la sublevación), o bien, los ha tratado desde una postura deshonrosa. Este enfoque, en el cual se circunscribe la narrativa histórica nacionalista, se explicita en el trabajo de autores como José Manuel Groot, Henao y Arrubla así como José Manuel Restrepo (Gutiérrez, 2012, p. 21). Más allá de este enfoque, también es posible encontrar otro abordaje de la situación, un abordaje que se realiza por parte de quienes viven en las provincias involucradas, es decir, en las provincias realistas que en esa época vivenciaron las rebeliones realistas. En general, quienes escriben desde este enfoque

hacen esfuerzos por exculpar a las élites locales o a los indios por su incómoda situación de traidores a la patria. Es el caso de Sergio Elías Ortíz, Alberto Montezuma Hurtado o Emiliano Díaz del Castillo, con respecto a las élites y los indígenas y campesinos de Pasto. Entre los análisis recientes, algunos autores asumen un punto de vista “culturalista”, como aquellos que ingenua o interesadamente suponen que fueron la solidez moral inquebrantable de los pastusos y su valor temerario los que los indujeron a luchar hasta el último instante a favor de un rey al cual habían jurado fidelidad. (Gutiérrez, 2012, p. 22).

En general, la postura de Pasto en el transcurso del convulso periodo de Independencia fue diferente respecto de lo que se planteaba desde Santafé, en tanto que Pasto se caracterizó por adoptar una postura realista. Por esta puede entenderse

“una posición de defensa del orden tradicional colonial y monárquico” (Mora, 2011, p. 806). Por su parte, los objetivos de Santafé se centraban en que los pueblos alcanzaran su autonomía así como separarse del régimen colonial que existía. La postura divergente de Pasto, al permanecer fiel a la monarquía española, ha sido catalogada como “anómala” (Gutiérrez 2006 citado por Mora 2011). En Pasto, la elite no concuerda con la primera Junta de Gobierno en Quito y por ello organiza ejércitos con el propósito de defender el “orden tradicional. Esta decisión tuvo varias consecuencias, entre estas, sanciones a Pasto y a sus diferentes estamentos sociales, así como una condena de esa postura. Las sanciones recayeron de manera indistinta a todos los estamentos de la sociedad pastusa: tanto los esclavos y la élite, pasando por el clero, los libres y los indios.

A su vez, tal dinámica produjo una respuesta de estas comunidades en su propósito realista, encontrándose así alianzas entre la elite y los campesinos indios. No obstante, tales alianzas no gozaron de mayor permanencia a lo largo del proceso de Independencia, lo cual explicita a su vez las fracturas que se presentaban en la iniciativa realista: sus propósitos cambiaron de manera constante además de explicitar contradicciones en ocasiones. Finalmente, la postura de Pasto se traduce posteriormente en derrotas militares (sufridas por la resistencia), en el sometimiento al sistema republicano (por parte de la elite y el clero) y en la represión (siendo los indios quienes la sufren dada la “posición anti-republicana” que tenían (Gutiérrez 2006 citado por Mora, 2011, p. 807).

A todo ello se suma la posición desfavorable que poseía Pasto a nivel administrativo y jurisdiccional en lo que a “definir una identidad concreta con las instancias de poder, esto debido a una doble situación de dependencia con Quito y Popayán, ciudades de mayor rango con las cuales Pasto tuvo diferencias y rivalidades” (Mora, 2011, p. 807). Tales desacuerdos se daban en decisiones que tomaban tanto Quito como Popayán en temas políticos, así como eclesiásticos y militares. Todo este panorama incidió de manera negativa en la consecución de una autonomía propia,

según Ortiz (1986) citado por Mora (2011): esto impidió que se alcanzara tal autonomía, y a su vez impactó en su papel en la Independencia así como en los temas administrativos que se desarrollaron en el siglo XIX.

La Carta Constitucional aparece en 1821, y recoge en ella tanto la definición de ciudadano (esto es, con sus derechos y deberes respectivos) así como unas normas específicas que se orientaban “a contrarrestar los efectos negativos que aún causan los enemigos de la República, obligando finalmente a estos sectores a acogerse al nuevo orden.” (Mora, 2011, p. 813). Tal como lo explica Gutiérrez (2008) citado por Mora (2011, p. 813), Pasto continuó resistiendo en su lucha realista y por ello juró de nuevo la Constitución Gaditana el 8 de Septiembre de 1820. Esto sin tener en cuenta lo que fuese expedido por el gobierno así como de las disposiciones que se hubiesen tomado en el Congreso de Angostura. Pese a que desde España se había autorizado que se restituyera la Constitución Política de la Monarquía a todos aquellos territorios que aún le guardaban lealtad, esto fue imposible de llevar a cabo. En gran parte por Simón Bolívar, en tanto que este decidió enfrentarse a Pasto mediante una campaña militar. De esta forma, se generaron una serie de

sangrientos enfrentamientos bélicos contra los realistas pastusos con un alto costo que en Pasto no solo se reflejó en pérdidas humanas sino en el quebrantamiento de su economía, en la destrucción de la ciudad y sobretodo en la división de intereses de sus habitantes que los llevaría a tomar caminos de resistencia por parte de los indígenas y de adhesión al orden republicano por parte de la élite y el clero. (Mora, 2011, p. 813).

De esta forma, los habitantes de Pasto se vieron obligados a firmar una capitulación con Simón Bolívar; esto dada la presión militar de las que eran objeto así como las diversas decisiones del gobierno encaminadas a eliminar toda actividad rebelde en la zona. Esta capitulación, se firmó el 8 de Junio de 1822 (Guerrero Vinuena, 1994, citado por Mora, 2011, p. 813). Como lo explica Mora (2011), era innegable el



interés de Bolívar en que la República fuese aceptada en este territorio realista; su objetivo era que Pasto “accediera a organizarse bajo las directrices de un Estado-Nación de carácter liberal. Así, la mayoría de sus proclamas y comunicados hacía los pastusos estaban dirigidos a ilustrar sobre los beneficios que podrían alcanzar” (p. 184). A esto se sumó una negociación que se desarrolló entre Bolívar y las élites y el clero, negociación que iba encaminada a la aceptación de estos de la república. Esto se tradujo en un pacto, del cual obtuvieron beneficios tanto Bolívar como el clero y las élites: su adhesión a la república les posibilitaba continuar disfrutando de sus privilegios y fueros sin problema (Gutiérrez, 2006, citado por Mora, 2011, p. 814). Además, Bolívar nombra en diferentes cargos burocráticos a Ramón Zambrano y a Estanislao Mechancano: ambos habían sido líderes militares en Pasto. Así, Bolívar “inició un proceso de desestabilización en los ejércitos realistas considerando que esta sería una estrategia mediante la cual los facciosos subalternos también desistirían de seguir en rebelión.” (Mora, 2011, p. 814).

Los nombramientos y ratificaciones no se tradujeron en apoyo por parte de la mayoría de la población: al contrario, lo que estos generaron fue descontento popular. Este descontento se materializó en que el pueblo llamara a los firmantes “traidores”: la situación en sí develaba que los grupos que había firmado y pactado con Bolívar, es decir, el clero y las elites, había actuado teniendo como objetivo su beneficio propio y no el común de la población. No obstante, la estrategia funcionó con esos grupos, y por ello Bolívar volvió a utilizar esta “técnica de seducción a la elite” en 1823. En este caso, se organizó el Cabildo según decretó el Cuartel General de Pasto (Mora, 2011, pp. 814-815).

En contraste con la beneficiosa situación de la que gozaban elites en esta nueva organización social, la situación de las comunidades indígenas era dificultosa. Según Gutiérrez (2006) citado por Mora (2011), estas comunidades “se vieron amenazados por el nuevo régimen republicano sus dispositivos básicos” (p. 816). Lo que esto generó

fue que este grupo no aceptara los acuerdos que se habían realizado entre Bolívar, el clero y la elite: de esta forma, pasaron a de ser “subordinados del ejercito realista” a ser los “líderes de la defensa de la corona”. Esto se produjo desde el año 1822, y explicitó la fractura existente de la alianza que los indios tenían con el clero y la elite “desde el inicio de las confrontaciones entre realistas y patriotas. Los indios pasan a ser calificados por el Cabildo de Pasto como “hijos Desnaturalizados”. De igual forma los ejércitos republicanos también iniciaron una campaña de estigmatización hacia ellos” (Ibíd.).

Pese a la firma de las capitulaciones en 1822, diversas acciones encaminadas a protestar contra la República se continuaron presentando, y por ello Bolívar realizó una serie de acciones orientadas a reprimir a los indígenas. Entre estas, la denominada “noche negra”. Esto aconteció en Diciembre de 1822, y se trató de un fuerte ataque contra los realistas pastusos encabezada por el ejército republicano. A esto se sumó la confiscación de bienes, que iba encaminada a confiscar los bienes de aquellas personas que habían sido partícipes de la insurrección así como de los bienes de Ramón Zambrano, el gobernador; también, el “destierro a todos los eclesiásticos adictos a la causa realista” (Guerrero Vinuesa, 1994 citado por Mora, 2011, p. 821). No solo esto, sino que también se implantó un alistamiento forzado, como un mecanismo de represión orientado a la “gente del común”; en este caso, quienes se alistaban debían ingresar a los ejércitos republicanos que se dirigían al sur. Todo esto se realizó en el marco de la toma de control de la ciudad por parte de Bolívar en enero de 1823. A todo esto se sumó el asesinato selectivo: determinadas personas, “ciudadanos distinguidos”, fueron asesinados acusados de hacer parte de la rebelión. Estas violentas acciones se enfocaban en “imponer un sentimiento de pertenencia e identidad nacional fundamentados en el miedo” (Mora, 2011, p. 822). Posteriormente, se llevaron a cabo otras acciones como despidos a los empleados que se desempeñaban en algún cargo público.

En general, Pasto representaba un problema para el proyecto de independencia y por ende, para los patriotas. La posición realista que tenía esta región se tradujo en dificultades para la concreción de una República de Colombia en la que se proyectaba que hicieran parte Ecuador, Venezuela y Nueva Granada. Este propósito había sido delineado por los constituyentes en 1819 y en 1821, en Angostura y Cúcuta, respectivamente. Pasto se mantenía en la lucha bloqueando el paso a los ejércitos que se encaminaban a Quito y también dificultando en Perú el avance de las tropas colombianas, en tanto obstaculizaba que estas pudieran abastecerse. Debido a este bloqueo, "Ecuador estuvo virtualmente sin representación en los primeros congresos colombianos" (p. 233).

Según lo explican Palacios & Safford (2002), a la fuerte resistencia que opuso Pasto a la causa de la independencia le subyacen una serie de factores, entre estos, el papel de la religión en el pueblo y las condiciones topográficas así como las climáticas. En primer lugar, ha de comprenderse el importante rol que la religión poseía en el común de la población pastusa (campesinos indígenas) así como el tradicionalismo que poseían. Para ellos, mediante la lucha podían defender tanto a su religión como a su rey. Este pensamiento fue alentado por el Obispo de Popayán, así como por la mayoría de los párrocos: ellos

consiguieron inculcar en la feligresía la noción de que quienes apoyaran la independencia eran enemigos de la religión. Desde su punto de vista, al negar el origen divino del mandato del rey la doctrina de la soberanía popular generalmente aceptada por las elites neogranadinas, era claramente irreligiosa. (Palacios & Safford, 2002, p. 233).

En lo que respecta a las condiciones climatológicas y topológicas, Pasto se caracterizaba por presentar dificultades a posibles invasores. En efecto, la cuenca del río Patía involucraba una serie de desafíos a las tropas patriotas que desearan pasar: posibilidades de enfermarse (debido al clima caliente de la zona), necesidad de pasar

cañones con bastante profundidad (lo cual facilitaba ataques guerrilleros) y la población afrocolombiana que habitaba en esta zona (todos ellos con bastante experiencia en guerra de guerrillas, y con convicciones realistas). Si se lograba atravesar esta cuenca, las dificultades continuaban, y se encontraban las tropas patriotas con los desfiladeros, en los cuales quedaban también a merced de posibles emboscadas (Palacios & Safford, 2002, p. 224).

A todo ello se sumaban los ríos Juanambú y Guátara, los cuales se ubicaban al norte y al sur de la ciudad respectivamente, y que conformaban una especie de anillo exterior rodeando la ciudad. Atravesar estos ríos representaba también una gran dificultad, dados los canales profundos rocosos que poseían y los rápidos (turbulentos) que se presentaban. De esta manera, en los cañones de ambos ríos se ubicaban tropas y podía protegerse sin mayor problema la ciudad de Pasto: “como aprendieron los ejércitos patriotas, primero en 1812 y luego en 1814, si éstos estaban defendidos, los intentos de pasarlos podían ser muy costosos, si no imposibles.” (Ibíd.).

Todos estos factores provocaron que varios intentos de triunfar en la región fuesen infructuosos y que la pérdida de hombres del bando patriota fuese bastante amplia en un periodo de menos de un año: los ejércitos que se dirigían a Pasto, que sumaban en total 7.500 hombres, sufrieron una pérdida de por lo menos 3.500 de ellos. Dado el interés de los patriotas por atacar Quito, y su imposibilidad de llegar allí mediante Pasto, finalmente llevaron a cabo ese ataque desde Guayaquil y consiguieron su objetivo, es decir, tomarse a Quito. Este fue un evento con bastante trascendencia para Pasto, puesto que así, “quedó cercada por las fuerzas patriotas del sur, en Quito, y por las del Cauca, al norte.” (Palacios & Safford, 2002, p. 225). Esta situación, bastante compleja de por sí, motivó reacciones diferentes en la elite y en el pueblo pastuso: mientras que la elite se inclinó por finalizar el movimiento realista pastuso, la mayoría del pueblo no estaba de acuerdo y “quiso continuar con la lucha sin importar las

posibilidades de vencer. Solo los ruegos del venerado obispo español de Popayán los persuadieron de capitular. Pero la guerra de Pasto estaba lejos de llegar a su fin.” (Ibíd.).

Kalmanovitz, en el texto *Consecuencias económicas de la Independencia en Colombia* (2008, p. 218), explica que Pasto fue una de las regiones que se vio más afectada por el proceso independentista. Según Montenegro (2002) citado por Kalmanovitz (Ibíd.), la provincia quedó en ruinas y sufrió la pérdida de bastantes pobladores en este proceso. A ello se suma la difícil situación política en la que quedó luego de haber defendido la causa realista: se le consideraba un “territorio enemigo”. Así entonces, en el periodo republicano Pasto estuvo bajo el dominio de “jefes hostiles”, que poseían la facultad de castigar a esta provincia.

Según menciona Montenegro (14-10-2010), el proceso de Independencia se experimentó con especial intensidad y sacrificio en Pasto: no solo lo califica como “más doloroso” sino también más “sangriento”. Dadas tales características que tuvo la Independencia en esta región, los sentimientos encontrados frente a la Independencia son comprensibles. Destaca el autor que

De esa gesta cruenta, violenta y perdedora, también salió nuestra propia cuota de héroes, como Agualongo y Merchancano. Son héroes, no porque obtuvieron la victoria final, aunque ganaron varias batallas, sino porque, como los héroes de Homero, tuvieron un comportamiento heroico: lucharon como valientes y dieron la vida por una causa que consideraron justa, por más que haya sido una causa perdida (Montenegro, 14-10-2010).

Si bien el papel realista que tuvo Pasto en el proceso de independencia ha sido investigado y argumentado en gran cantidad, tal fenómeno no sucede con la continuación del conflicto en Pasto luego de la Batalla de Bomboná y la victoria que tuvo Sucre en Quito. En efecto, el conflicto se prolongó por lo menos dos años más. En este panorama, la batalla era entre los indígenas y el pueblo raso contra patriotas, españoles

y criollos. Pese a haber sostenido una postura afín a la Corona española, en este conflicto tanto los indígenas como el pueblo raso acusaban de traición a los españoles y a los criollos. Al respecto recalca Montenegro que no existe una postura única de los historiadores en cuanto al origen de tal extensión del conflicto en Pasto. Según una de estas posturas, que muchos historiadores defienden, esta extensión del conflicto se relaciona con la “pérdida de autonomía de un pueblo que, por la geografía y las distancias, vivió hasta la Independencia casi como una república independiente” (Montenegro, 2010). Otra de las posturas se decanta por elementos ideológicos, por elementos de índole religiosa y también por los problemas en la tenencia de tierra. En esta problemática resultaban afectados en especial los indígenas.

El autor explica que estos eventos se tradujeron en consecuencias para Pasto, las cuales

se prolongaron durante décadas y, quizá, hasta nuestros días. Después de la Independencia, en Pasto hubo durante mucho tiempo un sentimiento de abandono y orfandad por parte de “los del norte”, y, en particular, de los gobiernos centrales. Y ese sentimiento alimentó por décadas un fatalismo por un destino que, supuestamente, nos condenaba a ser pobres, aislados y atrasados. Aunque ya superado, no cabe duda de que ese sentimiento fue un impedimento para pensar en grande, para trabajar juntos, para crear empresa, para tomar la iniciativa. Además, este sentimiento que venía de adentro, fue correspondido por la actitud de un país que durante mucho tiempo marginó al sur y también por la burla y guasa de muchos colombianos, ejemplarizado en el llamado chiste pastuso, hoy ya casi desaparecido (Montenegro, 14-10-2010).

Según explica Hamnett (1990) citado por Antrosio (2008, p. 55), la posición realista de los pastusos fue atribuida tanto al conservadurismo como a la religiosidad por parte de los políticos del país del siglo XIX. Empero, tal justificación desconoce el interés de los pastusos en conservar su autonomía: “los pastusos sentían que su lealtad

a la corona española se premiaría en el futuro con una universidad y exenciones de los impuestos y tributo” Hamnett (1990, p. 311) citado por Antrosio (2008, p. 55). No obstante, dado el desarrollo desfavorable del conflicto para los pastusos, las consecuencias que estos vivieron no fueron tampoco beneficiosas. Como señala Antrosio (2008), Pasto pasó a convertirse

en una parte reacia de la nación. Quedó aislada físicamente y distante de la capital. Un viaje a Bogotá podía durar un mes o más. La región se vinculó más a Ecuador y su capital Quito, que al resto de Colombia. Los pastusos periódicamente amenazaron con separarse de Colombia para juntarse al Ecuador; siempre parecían listos para resistir y rebelarse contra las autoridades nacionales. Las que sólo conservaron esta región intacta dentro de Colombia porque pudieron establecer un gran número de soldados en Pasto (pp. 55-56).

Tal postura fue juzgada con dureza por parte de las élites del país, quienes no concebían tal oposición a lo que creían que era progreso: por ejemplo, bastantes escritores del país en el siglo XIX señalaron a los indígenas como quienes dificultaban el “progreso nacional”. Lo que entendían por progreso lo relacionaban con el comercio y con las industria, en aquella época en expansión. A su vez, el progreso se aunaba a otras nociones como la de cultura y también la de civilización. Así entonces, este era un proyecto que se derivaba “de la universalización de valores europeos. El área rebelde alrededor de Pasto era por consiguiente problemática para los promotores del progreso nacional. Las elites vieron esta región rebelde como un lugar poblado por razas semi-bárbaras “vegetando” en la abundancia.” (Antrosio, 2008, p. 56).

De parte de las elites era notorio el interés en “tutelar” a estas personas “semi-bárbaras”, basándose en su condición de “blancos” (Ibíd.). A este interés se sumó la iniciativa, también de las élites, de tornar obligatorio el trabajo para los habitantes de la zona. El propósito de esto era contener la rebeldía que presentaban los pastusos, además de “incorporar la región a un nuevo orden nacional” (Antrosio, 2008, p. 57). La

rebeldía a la cual hacían referencia era al rechazo del indio pastuso hacia las “actividades de la nación: impuestos, censos y elecciones, al favorecer las actividades particulares de la religión, rebelión y alcohol” (Ibíd.). Tales actividades era condenadas, entre otros, por José María Samper, escritor y político, quien criticó tales posturas además de calificar como “reacio” además de “impasible” al indio de esta región frente a virtudes tales como “progreso” y “civilización”. A él se suman los comentarios de Agustín Codazzi, científico, quien recalca la necesidad de obligar a trabajar a los descendientes africanos que residían en Barbacoas, calificando su raza como “indolente” y “perezosa” por naturaleza (Antrosio, 2008, p. 57).

El proyecto de materializar el “progreso” y la “civilización” en esta zona incluyó al sendero Túquerres-Barbacoas, ya que tal ruta era esencial para la región. Esta vía se hallaba bastante deteriorada en el siglo XIX. El interés de las elites de impulsar el progreso del país mediante la mejora de esta vía no era compartido por todos en la región. Tal como lo explica Antrosio, pese a que no exista mayor información acerca de lo que experimentaban los habitantes acerca de tales proyectos en esa época, “puede imaginarse que las visiones de las elites de pereza e indolencia eran derivadas de sus deseos de contener la autonomía local. Muchos habitantes probablemente no tenían prisa en restablecer la dominación de la elite blanca de la época colonial.” (2008, p. 61). Posteriormente, el sendero fue transformado en un camino de herradura, lo cual era a juicio de las elites la base para un “proyecto de progreso”. Esto respondía a su vez al interés de “fundar una nación” por parte de la elite del país del siglo XIX, así como de políticos, ingenieros y geógrafos, entre otros. Este “proyecto de progreso” era a su vez “un proyecto de continuar la dominación tutelar sobre la población atrasada y semi-bárbara” (Antrosio, 2008, p. 62).

Una vez el camino fue abierto, la exportación e importación, así como el flujo de riqueza e inmigrantes europeos comenzaron a presentarse en la zona. Empero, “esta riqueza y lujo fue principalmente dirigida a mantener las señales de dominación y



jerarquía.” (Antrosio, 2008., p. 62). Era, a su vez, el mecanismo por el cual se propendía aumentar el consumo; según Safford (1991) citado por Antrosio (2008, p. 62), en ese momento se priorizó el comercio y el consumo material, pues eso era determinante para que Colombia pudiera establecerse en la “categoría de naciones civilizadas”, todo esto enmarcado en la “versión colombiana” de la “ideología económica liberal”. Como explica Antrosio “Los artículos que mostraron la cultura y la civilización europeas recibieron la prioridad más alta.” (Ibíd.). Como explica Cháves (1959) citado por Antrosio (2008), posteriormente se realizó un estudio, cuyos resultados arrojaban la recomendación de mejorar la vía que comunica a Pasto con Popayán; se pretendía de esa manera que el país pudiera abastecerse internamente de productos que había requerido de otros países mediante la importación. Se consideraba que para alcanzar un buen grado de tecnificación agrícola se necesitaba de un mayor papel del Estado. Además de recalcar las virtudes que poseía el nariñense, señalaba que los campesinos de la zona manejaban aún una noción muy básica de cultura.

Esto explicita un cambio en el lenguaje, más allá de que se mantuviera aún la noción de progreso y su materialización: se había pasado a usar un “lenguaje nacionalista”. Además, según lo señala Cháves (1959) citado por Antrosio (2008),

se cambió de estar dentro de la competencia de una elite comercial, a centrarse en la intervención gubernamental por medio de la educación y de los mercados, administrados por una elite gubernamental. Es más, el objetivo de estos programas cambió de la población indígena semi-bárbara para concentrarse en los campesinos y la formación de una identidad nacional mestiza (Antrosio, 2008, p. 76).

El autor refiere así mismo a la Vía Panamericana, explicando que esta recibió mejoras alrededor de los años sesenta: esta vía, “era un elemento decisivo para establecer las fincas lecheras mecanizadas de alta producción. Estas fincas requirieron una conexión rápida y fiable con la ciudad floreciente de Cali.” (Antrosio, 2008, p. 99).

No obstante, el impacto de la vía Panamericana no fue el mismo para los productores campesinos de papa y para los finqueros lecheros. Estos últimos se vieron más favorecidos, ya que mediante la vía pudieron recibir asesoría técnica, brindarle a sus hijos oportunidades de educación en otros lugares, además de poder comerciar sus productos lácteos y obtener ingresos. No obstante, esta situación no se presentó con los productores campesinos o minifundistas, para ellos

la Panamericana no trajo ayuda gubernamental sino abandono; mientras esta carretera era nueva ancha, y pavimentada, las viejas rutas a las tierras bajas fueron caminos rudimentarios, estrechos y sin pavimentación. Esto también devaluó el sistema de mercados regionales. La Panamericana se llevó las papas, pero no retornó un ingreso estable (Antrosio, 2008, p. 100).

En los años noventa, tal situación había cambiado. Si bien la vía continuaba siendo relevante, y los lecheros y agricultores se valían de ellas, las reformas neoliberales impactaron de manera negativa el sustento de todos ellos. En efecto, tales reformas permitieron el ingreso de leche importada en polvo, papas extranjeras, entre otros productos. Recalca el autor que

a pesar del cambio en la retórica gubernamental para capacitar a los grupos anteriormente perjudicados, como indígenas y campesinos, había todavía la idea de un reverso de este camino del progreso, el atraso y el estancamiento de una categoría social que podría resumirse en el neologismo *indio-campesino*. Para los grupos de las elites, los agricultores rurales o las personas pobres de los barrios urbanos alrededor de la ciudad, permanecían en su estado semi-bárbaro de cultivadores campesinos e ignorantes con el alma aborígen (Antrosio, 2008, p. 102-103).

## 2.2. El relato novelesco

Obando (s.f.) crítica a Víctor Paz Otero (sociólogo y autor de “Bolívar, delirio y epopeya”), quien en entrevista con Virviescas (31-10-2012) habla acerca de la obra de Evelio Rosero expresando lo siguiente:

Respeto el trabajo literario de Evelio. La primera parte sobre el Carnaval de Pasto, que es literaria, es atractiva y sugerente. Pero en el tema histórico él repite un panfleto terriblemente mal escrito del pastuso (José Rafael) Sañudo, que es una diatriba con un odio histórico, que tiene razón de ser en algunos casos porque Bolívar ejerció la crueldad sobre Pasto. Digo un chiste un poco perverso: si a los pastusos les quitan el odio contra Simón Bolívar, quedan vacíos (Virviescas, 31-10-2012).

A juicio de Obando, esta postura es errónea, puesto que los apelativos que utiliza Paz acerca de la obra de Sañudo no solo no son ciertos sino que develan el desconocimiento de la obra y vida de Sañudo. Manifiesta que Sañudo fue un personaje ilustre, por su labor de “desenmascarar” la historia del país, por lo cual la Academia Colombiana de Historia lo censuró. Expresa que Bolívar

A los pastenses nos persiguió y combatió hasta la saciedad. Al extremo del odio, de la crueldad y el asesinato. Cometió con nuestra gente uno de los crímenes más deplorables que contra pueblo alguno se pueda realizar. El 24 de diciembre de 1822 asoló nuestra patria con su mar de sangre, venganza y sevicia. Mató niños, mujeres, ancianos y hombres vencidos cuyo único delito fue defender su paz, su tranquilidad y su terruño; en su afán de imponer “la libertad” sacrificó a uno de los pueblos más dignos, cultos y valerosos que ha visto el suelo americano. No quiero ahondar al respecto y le recomiendo al doctor Paz Otero la lectura de *“Estudios sobre la vida de Bolívar”* para que, de una vez por todas, entienda que lo que cuenta la historia sobre nuestro pueblo y sus motivaciones para oponerse a Bolívar no eran producto de un fanatismo ni mucho menos de una miopía social o histórica. Fuimos, como cultura, los únicos en darnos

cuenta de las falacias que se esgrimían para llevar a los pueblos a una guerra que no ofrecía nada diferente a un cambio de amos en una patria que se dibujaba lejana y oscura en las manos de unos patriotas que se teñían de sangre indígena, mestiza y criolla (Obando, s.f.).

Todo esto está retomado en la novela de Rosero a través de las citas de Sañudo pero también por los testimonios de dos ancianos de la ciudad de Pasto, quienes confiesan sus recuerdos al Doctor Proceso: Belencito Jojoa y Polina Agrado, quienes relatan varias anécdotas, que los personajes (y el autor) asumen como ciertas, sobre las vilezas y crueldades del Libertador en la gesta en el sur de Colombia.

La crítica que el autor hace por boca de sus personajes está fundamentalmente basada en dos cosas:

1. La falsedad de las victorias que se “atribuyen” a Bolívar.
2. La abyección con que actuó con los habitantes de la ciudad de Pasto.

En cuanto al primer punto, esto está casi exclusivamente basado en el relato de Sañudo. Sin embargo, hay que mencionar que las tesis del historiador han sido bastante ampliadas por recientes publicaciones de la Academia de Historia Nariñense. Por citar un ejemplo, el historiador Enrique Herrera Enríquez ha dedicado varios libros al tema así como también el también historiador y miembro de la Academia de Historia Nariñense Isidoro Medina, quien además ha creado una fundación con el nombre de Estanislao Merchancano, líder de la resistencia pastusa, mencionado en la novela de Rosero.

Este detalle no es fútil si tenemos en cuenta que aún hoy en día la ciudadanía de Pasto está fuertemente dividida entre los partidarios de Bolívar y los partidarios de Agustín Agualongo, a quien un sector de la población ha erigido como su héroe verdadero, tal como hace el alcalde Matías Serrano en la novela: “nuestro héroe Agustín

Agualongo” (p. 122). Así pues, la novela de Rosero ha reavivado un debate intelectual que está lejos de cerrarse.

Pero Rosero, o sus personajes, fundamentan su crítica a Bolívar en un famoso artículo que Carlos Marx escribiría en 1858 por encargo de la *Nueva Enciclopedia Americana*. Según se sabe, el encargo fue hecho a Marx y Engels, quienes por esa época acostumbraban trabajar juntos. El encargo era por varios artículos, que los autores dividieron correspondiéndole el relativo a Bolívar a Marx. En dicho artículo, según Rosero, Marx coincidiría en las tesis de Sañudo: “Que Bolívar es una mentira, nada más” (p. 149). Pero es también Marx el primero en comparar a Bolívar con Napoleón, comparación que sería reproducida luego por muchos otros historiadores.

La acusación de “mentira” o falsedad que rodean al prócer de la Independencia llega incluso al extremo de poner en duda la autoría de la famosa “Carta de Jamaica”, uno de los textos más influyentes y significativos de Bolívar. Pero es claro que las mayores falsedades se le endilgan en el campo de batalla en donde, según el relato de Sañudo, varias victorias se habrían atribuido al Libertador pese a que éste no tuvo participación en ellas o fueron logradas por otros generales como Sucre. A esta gran mentira se opone entonces el episodio de la batalla de Bomboná, famosa por haberle dado la victoria a los ejércitos reales sobre los libertadores. Este evento, sin embargo, no fue aislado ya que, según el historiador Enrique Herrera (2015), ya en 1814, el 10 de mayo, un ejército mayoritariamente de mujeres derrotó al general Antonio Nariño, con lo que se pone en evidencia la tendencia reaccionaria del pueblo pastuso y la fiereza con que combatían a los ejércitos libertadores.

Sin embargo, el autor matiza el hecho de considerar a los pastusos como “realistas”, pues según refiere el catedrático de Historia Arcaín Chivo 29 años antes del grito “oficial” de Independencia, cuando el indio *Naspirán* mató al cobrador de impuestos Ignacio Peredo (p. 188). Pero Chivo refiere también el caso, más conocido,

de la revuelta de Túquerres contra los también recaudadores de impuestos, los hermanos Clavijo, evento ocurrido en 1801. Estos dos eventos dan pie entonces para que el autor matice o rechace directamente el calificativo de “realistas” aducido a los pastusos, pues más que defender al Rey de España, “defendían la vida misma” (p. 188).

En cuanto al segundo punto, la abyección de Bolívar está basada sobre todo en los hechos ocurridos el 24 de diciembre de 1824, conocidos como la Navidad negra. La sevicia y brutalidad de los ejércitos comandados por Bolívar fue evidente en el trato que éstos dieron a los combatientes pastusos, diezmados y rendidos y aun así pasados por las armas. Más aún, una de las pocas sobrevivientes de la masacre sería justamente Fátima Hurtado, quien sería requerida después por Bolívar para satisfacer su concupiscencia. El autor parece querer señalar el infausto destino de Fátima quien, pese a haber sobrevivido a la matanza, terminará de todos modos sacrificada por su propia abuela, quien pretende con ello afrentar al “zambo” (mote despectivo que usa Sañudo para referirse al prócer y del cual hacen eco el autor y los personajes). Fátima será así un símbolo más de la resistencia del pueblo pastuso y la abyección del Libertador.

### *Capítulo 3*

#### *El Bolívar de Rosero*

En la novela de Rosero el papel del carnaval es preponderante, ya que aparece no solo como contexto en el cual se desarrolla la trama de la novela y como evento en el que confluyen intereses y diversas historias, sino que a su vez funciona como un evento que explicita diversas facetas de la población.

En efecto, el carnaval, ese evento trascendental para el cual se prepara la carroza, funge como eje temático para historias colaterales, entre estas, “enredos amorosos con sus respectivas pasiones, infidelidades y desavenencias; pependencias maniqueas en materia política; pormenores costumbristas nariñenses (gastronomía, baile, disfraces, historia, idiosincrasia,...)” (Fernandez, 28 Junio 2014). No solo estas historias se desenvuelven teniendo como contexto el carnaval, sino también acciones de diversa índole, todas ellas involucrando cierto grado de desenfreno:

farras y borracheras interminables, y los desmanes consecuenciales; muertes naturales y otras fruto de asesinatos; violencia física e intelectual; sexo deseado o practicado al compás de los instintos aturdidos de alcohol; infidelidades de las parejas; amoríos inducidos por exceso de bebida, que allí es de aguardiente; dinero gastado o desperdiciado en esa demasía de alegría efímera. Consterna ver al ser humano reducido a sus actos más básicos de los que no escapan ni quienes fungen de intelectuales; una población entregada a sus impulsos primitivos, sin medir consecuencias. (Fernandez, 28 Junio 2014).

De esta manera, en el desarrollo de la novela se asiste a la confluencia de factores de distinta índole que representan todos ellos el caos, el desenfreno, el espacio o bien la oportunidad de tornar públicas facetas controversiales que permanecen ocultas constantemente en la cotidianidad de la comunidad en la que se desarrolla la novela.

No obstante, el carnaval no involucra solo las acciones e historias colaterales citadas. El protagonista de la novela, el ginecólogo Justo Pastor Proceso, decide sumergirse en el ambiente del Carnaval de Blancos y Negros por medio de la utilización de la máscara de un simio. Esta máscara devela dos objetivos del doctor Justo: por una parte, poder encubrirse de los demás y así poder desarrollar una broma que tiene planeada; por otra, poder lograr mayor cercanía a su familia, en particular a su esposa y a sus hijas, dado que la relación con las mismas no le ofrecían aquello que él deseaba: amor y el respeto (Verdugo, 2013, p. 4). La máscara, en efecto, posibilita desarrollar en el contexto del carnaval, que como ya se observó, admite llevar a cabo acciones que en otros contextos no podrían desarrollarse de igual manera y con tal nivel de cercanía a lo público. Respecto a la situación con su esposa, también un proyecto del doctor Proceso López, Verdugo manifiesta que “su intento de lograr el amor de su esposa Primavera refuerza este estado anómico planteado en el universo ficcional de la novela misma.” (Verdugo, 2013, p. 16).

El carnaval hace referencia a su vez a otras cuestiones, tal como lo explica Verdugo (2013, pp. 5-7): por una parte, a la modificación en el orden usual de las cosas (de la cual da cuenta el doctor); la risa, que va cediendo el espacio en las festividades a, entre otros, la ironía y el humor; la presencia de los animales en el carnaval (que se ejemplifica en el disfraz, la máscara por la que opta el doctor -simio- y en el animal que representan con sus trajes quienes posteriormente lo asesinan -burros-); los apodos (entre ellos los de *el Avispo* -adjudicado al Obispo- y *el Sapo* -adjudicado al Gobernador-); la excentricidad del carnaval (que brinda escenas tales como los locos de un manicomio teniendo diversión en el carnaval, así como un borracho que le habla a un árbol).

A su vez, en el carnaval se revelaban otros aspectos como la concepción de la guerrilla no como una alternativa de cambio sino al contrario, como un grupo que



responde en este tema a los intereses del estado: en efecto, termina asesinando no solo al doctor Proceso López sino también al poeta Rodolfo Puellas. En efecto,

El accionar del grupo subversivo de la novela participa de la naturaleza del sistema que pretende combatir, su padre de la revolución es Simón Bolívar, que al igual que conservadores y liberales es objeto de su veneración, y como antes se mencionó, su actuar participa de los vicios del fundador de modo que su actitud transformadora se pone en tela de juicio. (Verdugo, 2013, p. 16).

El carnaval se tornaba en el escenario propicio para que se explayara la faceta oculta de Bolívar, aquella faceta de la cual se reprimía la información, pero de la cual eran visibles sus consecuencias: la masacre de 1822 llevada a cabo en Pasto, además de las directrices que Bolívar brindaba a sus subalternos en el sentido que debía desaparecer el pueblo pastuso. (Verdugo, pp. 8-9).

Por supuesto, estas eran unas tesis que no se podían divulgar como oficiales, eran reprimidas, ocultadas, no se enseñaban, razón por la cual Arcaín Chivo fue expulsado de la universidad y después apaleado por sus acusadores. Pero el carnaval ofrecía la posibilidad de revelar estas verdades bajo la figura alegórica del Bolívar de la carroza. Se acepta la ley pero se la transgrede transitoriamente durante la festividad aunque la represión del estado caiga con todo su peso sobre los infractores. (Verdugo, 2013, p. 9).

El doctor Justo busca a su vez llevar a cabo un texto, una bibliografía de Simón Bolívar en la que se aborden aquellas facetas sombrías de la icónica figura del Libertador tomando como base el trabajo de José Rafael Sañudo, historiador nariñense (Verdugo, 2013, p. 4). Esta obra llevaría por título *La Gran Mentira de Bolívar o el mal llamado Libertador*; no obstante, este texto no consigue completarse.

Ahora bien, el doctor Justo busca además en el contexto del carnaval diseñar y mostrar una carroza en la cual se develen esas facetas no tan gloriosas de la figura del libertador. Para ello busca el respaldo de diversos intelectuales, entre ellos, el obispo de Pasto y el catedrático Arcaín Chivo, y llevan a cabo tertulias en las que, como teniendo como protagonistas el alcohol así como la lascivia, se analiza la historia común del libertador teniendo como base a Sañudo, escritor que revela a Bolívar “como un ser repulsivo, usurpador de la gloria y de la victoria de otros, además de presentarlo como un ser sin escrúpulos, capaz de cualquier execrable medio justificado por el fin que perseguía” (Fernandez, 28 Junio 2014).

En efecto, tras esta caracterización se puede encontrar esa deuda no pagada de Bolívar con los pastusos. De esta manera se encuentra que Bolívar

los culpabilizó de su derrota en Bomboná, la que en el mejor de los casos fue una victoria pírrica para ambos bandos (realistas y republicanos). Bolívar derrotó a los pastusos, asesinó a su líder Agualongo y no contento con este triunfo permitió el saqueo, fomentó la traición, los abusos sexuales y la masacre de centenas de pastusos. Es esta novela una especie de cruce de cuentas con la historia y gloria que tradicionalmente se le atribuye al “mal llamado libertador”. Pasto aún no olvida esta mano fuerte que los humilló y aniquiló (Fernandez, 28 Junio 2014).

La carroza, el motivo que movilizaba al doctor Justo, se realiza gracias al apoyo financiero que brinda el mismo, porque su interés es la construcción de una figura que represente al libertador, con más exactitud, al “mal llamado libertador” en el Carnaval de Blancos y Negros, “levantado en papel maché y rodeado de sus falsas epopeyas, con corona de laurel en la cabeza, sentado en un carronato del siglo XIX tirado por doce niñas como especie de ninfas tal como le gustaban al supuesto héroe.” (Verdugo, 2013, p. 5). Esta denominación, y la figura, representan lo que se acaba de mencionar, el sentimiento de animadversión por parte de la población pastusa frente a la figura

ensalzada de Bolívar, aquella que no contempla el sufrimiento que ha atravesado esta comunidad. A pesar de los esfuerzos por visibilizar la carroza, esta termina siendo decomisada: tal agravio ha de ser prohibido.

La carroza de Bolívar aparece como desdoblamiento de una carroza original, que iba a destinarse para la burla de la figura de Furibundo Pita, uno de los gamonales de la ciudad, que ridiculizaba públicamente a su esposa y se volvía temerario cuando bebía alcohol. El doctor Proceso cae en cuenta de que el rostro de Furibundo Pita hecho por el maestro Abril en esta carroza original era idéntico al del “Libertador”. Y es con ese traslape del pasado en el presente como la inspiración desborda al doctor Proceso y, entonces, propone que se haga la carroza de Bolívar.

Uno de los personajes que se involucra con la realización de la carroza es Cangrejito Arbeláez, el escultor. Las escenas que esculpirá para adornar la carroza, las cuales terminará a toda costa a pesar de que son objeto de robo y destrucción, ejemplifican cada momento histórico con los que la obra histórica de José Rafael Sañudo desmonta la figura mítica de Bolívar. Este ejercicio de intertextualidad permitirá a Rosero reivindicar la imagen de Sañudo de quien escribe lo siguiente:

[...] se atrevió a descifrar de manera irrefutable la catadura histórica de Bolívar, sin falsas emociones patrioterías, sin depender de la corte exagerada de halagos (ojos ciegos y oídos sordos) que la gran mayoría de historiadores concede a Bolívar como una tradición desde su muerte. (Rosero, 2012, p.59)

La característica principal de Cangrejito Arbeláez es que es mulato que conoce la historia del general independentista Manuel Piar. Habla con el doctor Proceso sobre el hecho de que Piar fuera negro y hubiese sido fusilado por Bolívar. En uno de los diálogos afirma:

—Bolívar temía de Piar no sólo sus cualidades militares sino su inteligencia, la independencia de pensamiento —siguió el maestro Arbeláez—: Piar no era un servil, como otros. Piar, ante las campañas de Bolívar, hasta ese momento todas inútiles, había tildado a Bolívar de *Napoleón de las retiradas*, nada menos. (Rosero, 2012, p. 101).

Mientras en la novela se exalta la figura del historiador nariñense José Rafael Sañudo, al mismo tiempo se van exponiendo las características negativas de Bolívar y su odio al pueblo pastuso. Una de las citas más desgarradoras que ejemplifican el odio particular que sentía Bolívar sobre el pueblo pastuso es un apartado de una carta escrita por Bolívar luego de la derrota en la batalla de Bomboná:

[...] Los pastusos deben ser aniquilados y sus mujeres e hijos transportados a otra parte, dando aquel país a una colonia militar. De otro modo Colombia se acordará de los pastusos cuando haya el menor alboroto o embarazo, aun cuando sea de aquí a cien años, porque jamás se olvidarán de nuestros estragos. (Rosero, 2012, pp. 190-191).

Se recalca el hecho de que el ‘Libertador’ fuera particularmente precavido, hasta el extremo de emprender la retirada si había amenazas mínimas a su seguridad. También es presentado, con base en el ensayo de Marx, como un traidor y un ególatra que a costa de los triunfos de otros generales se hacía fama de sí mismo. Caso parte valdrá la característica de depredador sexual, que va a tomar especial lugar en la novela de Rosero a partir de las historias de Fátima Hurtado, lejana familiar de Polina Agrado, y de Josefa del Carmen Santacruz, de trece años de edad, familiar lejana de Belencito Jojoa.

Dada la magnitud de la propuesta de Justo, además de las posibles consecuencias negativas que esta puede tener, aquel grupo que lo rodea y al cual consulta, es decir, el profesor, el alcalde y el obispo, advierten a Justo. En efecto, explicitar esta versión no

oficial del libertador, en su faceta sombría, implica ejecutar una acción a todas luces provocadora e irrespetuosa. Esto en las tertulias que desarrollaban en la residencia del doctor Justo, en las que no solo le aconsejaban, sino que a su vez se burlaban del doctor acompañados por su esposa. El doctor Justo sigue adelante, sin importar el asalto que se realiza al taller, ni tampoco que intenten dinamitar la carroza. Todo este interés del doctor por la carroza cambia el Día de los Blancos: su interés disminuye. Esto debido a “sus cuitas adúlteras y las ganas de que su mujer lo quiera. Disfrazado de simio muere jugando en la senda del carnaval, pateado por dos de los estudiantes revoltosos, disfrazados a mitades de asno, que así castigan su osadía reaccionaria.” (Segovia, 12 Febrero 2012).

Que la carroza sea arrebatada de las manos de los policías a la orden del general Aipe, y que en vez de ser llevada al desfile magno del Carnaval sea escondida por los hombres del maestro Abril, aviva las esperanzas de que *la carroza de Bolívar* sea presentada en el desfile magno del carnaval “del año que viene” (Rosero, 2012, p. 389). Este recurso literario es efectivo para crear un bucle temporal de carácter cíclico, en tanto que no hay certidumbre alguna de que este hecho condicionado suceda y, por ende, cualquier año puede ser el “año que viene”; además de que el escenario ficcional creado por Rosero (el carnaval de Blancos y negros de 1967), es, al mismo tiempo, una “real realidad” y, por ende, la contingencia podría estar insertándose en el carácter espacial a modo de invitación a la realización del escándalo. Al respecto, en la tesis de García Medina (2014) se señala:

El juego terrorífico en la construcción de la trama se extiende todavía más, cuando se constata que la obra, [...] crea también un juego de dobles a través de los cuales se repite la historia, como un retorno de lo mismo. (p. 78).

Según Lydia Muñoz (1996) citada por Verdugo (2013, p. 9), el objetivo de Pasto era alcanzar autonomía a nivel administrativo, así como a nivel legislativo, judicial y también, eclesiástico. De esta forma, Pasto demandaba no solo tal autonomía sino a su

vez poseer una Universidad propia, entre otros. Esto es el eje de lo que se denomina “el realismo pastuso”, entendiéndose este no solo como “pensamiento político y filosófico” sino también como un “sistema de ideas que tiene que ver con la existencia cotidiana de un pueblo.” (2013, p. 10). A su vez, esta situación se desenvolvía en el contexto en el que tenía un papel preponderante el rey (dado su origen divino y su papel como autoridad); la religión cristiana (dado su rol como valor social) y la patria (entendiéndose por esta tanto la Madre Patria –es decir, España- como la Patria Local –es decir, el pueblo, la ciudad-) (Ibíd.).

Es precisamente la defensa de esta estos elementos lo que moviliza a los pastusos, todo lo cual se relaciona con el “realismo pastuso”, del que se plantea en esta novela que “intentaba preservar un modo de vida ancestral de la región fuertemente influenciado por la religión católica y que los movimientos e intromisiones de las tropas libertadoras, y aún realistas, lo perturbaron aparentemente para siempre.” (Verdugo, 2013, p. 10).

Según Verdugo, en esta novela Rosero plantea una situación que también ha planteado la narrativa de manera reciente: la anormalidad se transforma en la normatividad, en el mecanismo de funcionamiento continuo de la sociedad. De esta forma, se habla de “las circunstancias de desorden social que lejos de ser situaciones excepcionales se han convertido en la norma general de funcionamiento de nuestra sociedad.” (Verdugo, 2013, p. 12). Cuando la anomia, es decir, el estado de anormalidad que se presenta en una sociedad no logra ser solucionada, se termina tornando la anormalidad en una regla: aparece así un Estado Anómico. Esta denominación, creada por Peter Waldmann, refiere a un estado en el que las consecuencias son tanto la falta de normas consistentes así como de justicia.

La novela revela, gracias al carnaval, la situación del Estado Anómico que se presenta en Colombia como condición permanente de desorden institucional producido por el gobierno mismo o por la burocracia pública. Su sistema normativo no

goza de prestigio, es degradado y, por tanto, al no haber confianza en el Estado surgen normatividades paralelas según los intereses de cada grupo social (Verdugo, 2013, p. 15).

La carroza, los intereses del doctor Justo Pastor Proceso, terminaron desencadenando unas posiciones radicales, bastante sectaristas, en el carnaval en el cual se iba a mostrar la carroza, el carnaval del año 1966. Los comentarios y rumores se diseminaron en Pasto, produciendo reacciones desbocadas por parte de dos grupos: por una parte, los ultraconservadores y por otro, una célula guerrillera. El primero de estos grupos se encuentra personificado por un general, mientras que el segundo está compuesto por jóvenes que no poseían mucho conocimiento y que tenían por objetivo defender la figura del libertador de un burgués como el doctor (Valencia, 23 Enero 2012).

En su novela, Rosero le brinda la voz a aquellos que defienden un discurso diferente al oficial: en efecto, para el autor, en estas voces disidentes se encuentran elementos sumamente valiosos de estos hechos. Para lograr su cometido, el autor se ha basado en diversas fuentes, como “la tradición cultural de los carnavales de Pasto y varios estudios históricos controvertidos (Sañudo, Madariaga, E. Ortiz, Carrera Damas) sobre el devenir de Simón Bolívar” (Vanegas, 2013, p. 133). A pesar de desarrollarse la trama en un ambiente festivo, esto no implica que se mantengan solo emociones placenteras a lo largo del desarrollo del mismo. Las emociones adversas también hacen su aparición, entre estas, la angustia y el lamento. El gozo comienza a tornarse en algo falso, y así, devela vicios sociales. Para Vanegas, el autor sienta una posición de desacuerdo en cuanto a las bases del “imaginario histórico colombiano, y de ahí que lo represente como un cuadro carnavalesco que evidencia el sentimiento de estafa sobre la mendacidad del héroe, el absurdo de la existencia y la falaz utopía revolucionaria.” (Vanegas, 2013, p. 134).

En efecto, las circunstancias que rodearon a Sañudo, el historiador que develó esta faceta de Bolívar y reclamó mayor atención hacia la misma, no fueron las mejores. No se podía aceptar una visión distinta de la historia en la que Bolívar no fuese personificado en su faceta más gloriosa. A pesar de elaborar una obra detallada como *Estudios sobre la vida de Bolívar* (1925), en la cual

el prócer es duramente cuestionado por sus abusos de poder, su manipulación de la situación política del país y sus desmanes criminales contra aquellos que no simpatizaban con su campaña independentista: la devastación de Pasto y el fusilamiento de militares como Agustín Agualongo y José Padilla, entre otros. Este enfoque le valió al autor la desidia y el rencor de sus coetáneos. Fue tratado con calificativos desobligantes como: “pastuso retrógrado”, “vejete casuístico”, “hijo indigno de Colombia” (A. Ortiz, 2010 citado por Vanegas, 2013, pp. 134-135).

Esa perspectiva diferente de los hechos históricos acontecidos era también la que guiaba al doctor Justo, quien planteaba una mirada válida cuyo objetivo era movilizar a los conciudadanos, incitándolos a tener conciencia al respecto, además de conmemorar así el sufrimiento que atravesó el pueblo pastuso debido a órdenes del libertador. Esta idea, según Vanegas, “lo sumerge en un estado febril, delirante y, junto a un grupo de artesanos, hecha a andar su terrible proyecto” (2013, p. 135).

A su vez, se destaca de Rosero la dinámica que envuelve a las máscaras en este evento festivo: la mentira acerca de Bolívar se encuentra enmascarada, y en el intento de quitar esa máscara, se recurre a utilizar una máscara en la carroza. La ironía y la burlan aparecen en un escenario donde el libertador y sus logros se transforman en algo grotesco: es un juego en donde “se aboga por enmascarar la realidad concreta para precisamente desenmascararla. Así, la novela parece arrogarse el poder de quitar la máscara al rostro de la historia para develar la verdad que se esconde tras ella” (Vanegas, 2013, p. 136). De esta manera, se devela un ejercicio de “humanización del discurso histórico” en el que se brinda voz a los pueblos que han vivido la



Independencia en su vida cotidiana, con una perspectiva mucho más cercana, brindándoles así primacía a sus posturas y contemplando los hechos históricos más allá de la Historia que define la Academia.

En síntesis, si el carnaval es máscara y es el rostro lo que se trata de determinar quitando la máscara, la novela de Rosero obedece al proceso de quitar la máscara, de recuperar en algo lo humano esencial de la historia y el héroe (Vanegas, 2013, p. 136).

El desenmascaramiento en la novela de Rosero alcanza matices rituales, que involucran al dolor en el escenario dionisiaco del carnaval, donde el alcohol fluye hasta causar la alteración de la conciencia, el delirio y la pérdida del pudor en público. Por ejemplo, en el día de inocentes, como preludeo del carnaval, el doctor López se encontrará con que Floridita, su hija menor, junto a su primo, han llevado a cabo torturas y asesinatos de animales, como si fueran 'bromas'. Cuando sale a la calle ese mismo día, el doctor Proceso es escupido y lavado en orines. A pesar de la vergüenza y el temor que experimenta el doctor Proceso en su caracterización de simio, se ha dado cuenta de que la brutalidad se ha desencadenado y se ríe de él. De acuerdo con García Medina (2014):

En La Carroza de Bolívar, las acciones de los personajes están mediadas por la falta de razones, de argumentos. El hombre se elige como siniestro para el propio hombre, porque no se perciben las elementales normas de convivencia funcionando a manera de control, y el deseo irracional de "borrar" al otro, la diferencia, la resistencia de lo instituido contra lo instituyente, se sigue en una constante e instaura la violencia como una fórmula social válida. (p. 25).

Así pues, los sucesos de los que el lector será testigo en el particular carnaval que pinta la novela de Rosero, son figuras que juegan a correr el velo de la racionalidad en pro de un arte salvaje. No es gratuito que la portada de la novela en la edición 2012 de Tusquets, sea un detalle del infierno de *El jardín de las delicias* de El Bosco. Los actos

desbordados en *La carroza de Bolívar* apuntan a un conflicto irresoluto, que no sólo atañe a la historiografía y el pueblo pastuso, sino que involucra a la condición humana en sí misma. Al respecto, anota García Medina (2014):

[...] se puede observar que los contextos familiares en la novelística de Rosero, crean un clima de zozobra para el individuo que lo lleva a la búsqueda de su bienestar en el exterior. (p. 29).

La desazón que acompaña a varios personajes de *La carroza de Bolívar* es la que los impulsa a llevar a cabo actos que parecen de redención, pero que no resuelven nada; en cambio, estos actos tejen una tela de araña en la que terminarán atrapados. Uno de los ejemplos más destacables de esta condición es que el general Aipe es quien representa al adulterio por parte de Primavera y del mismo Proceso López. Con imperturbable odio, en algún momento el doctor le aplicará anestesia en la lengua a Aipe, luego de encontrarlo con su esposa. Pero es el general el que efectivamente logrará entorpecer la exhibición de la carroza. En el caso de Rodolfo Puelles, es la desazón por no haber tenido una relación sentimental la que lo lleva hasta el prostíbulo de la negra Naranja, lugar donde conocerá al doctor Justo Pastor Proceso López. Este encuentro sellará su destino fatal.

Así pues, el proceso de quitarse la máscara no alcanza su cenit, al ser asesinados el doctor Justo, el poeta Puelles y ser escondida la carroza: esto es interpretado “como una imagen vergonzante del triunfo de la Verdad prefabricada que se oficia como inmutable y perentoria” (Vanegas, 2013, p. 137). A su vez, este triunfo de una visión unívoca de la verdad se materializa en las posturas de la dictadura, es decir, la última etapa de Bolívar. Estos críticos han elaborado una justificación, considerándola desde un “mal necesario” a alabar tal decisión, entre otras justificaciones. En realidad, según explica Bushnell, los estudiosos que desaprueban esta etapa de Bolívar son pocos (Ibíd.).

## Referencias

Ainsa, F. (1997). Invención literaria y “reconstrucción histórica” en la nueva narrativa latinoamericana. En Kart Kohut (Ed.). *La invención del pasado. La novela histórica en el marco de la modernidad*. Vervuert-Madrid, Frankfurt am Main – Madrid. pp. 111-121.

Antrosio, J. (2008). *Todo moderno. Significados de la modernización en la sierra colombiana*. Quito: Ediciones Abya-Yala.

Fernandez, F. (28 Junio 2014). Bolívar, el héroe revisado. Reseña crítica del libro “La carroza de Bolívar” de Evelio Rosero. Kienyke. Recuperado de <http://www.kienyke.com/kien-escribe/bolivar-el-heroe-revisado-2/> el 17 de Abril de 2015.

Gutiérrez, J. (2012). *Los indios de Pasto contra la República (1809-1824): las rebeliones antirrepublicanas de los indios de Pasto durante la guerra de independencia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH.

Herrera Enríquez, E. (2015). *El día en el que las mujeres pastusas derrotaron a Nariño*. Pasto: Gobernación de Nariño.

Kalmanovitz, S. (2008). Consecuencias económicas de la Independencia en Colombia. *Revista de Economía Institucional*, vol. 10, n.º 19, segundo semestre/2008, pp. 207-233.

Montenegro, S. (14-10-2010). *Héroes vencidos*. *El Espectador*. Recuperado el 20 de Julio de 2015 desde <http://www.elespectador.com/opinion/heroes-vencidos>

Menton, S. (1993). I. La nueva novela histórica: definiciones y orígenes. *La Nueva Novela Histórica de la América Latina 1979-1992*. Fondo de Cultura Económica. pp. 29-66.

Mora, A. (2011). ¿Qué definió al ciudadano en Pasto durante el convulsionado periodo de la independencia en la Nueva Granada (1809 - 1824)?. X Congreso Nacional de Sociología: Herencia y Ruptura en la Sociología Colombiana Contemporánea. Cali - Colombia, Noviembre 2, 3 y 4 de 2011. Recuperado el 15 de Mayo de 2015 desde

[http://www.icesi.edu.co/congreso\\_sociologia/images/ponencias/8-Mora-Ciudadano Pasto en la Independencia.pdf](http://www.icesi.edu.co/congreso_sociologia/images/ponencias/8-Mora-Ciudadano Pasto en la Independencia.pdf)

Palacios, M. & Safford, F. (2002). Colombia: país fragmentado, sociedad dividida, su historia. Traducción Angela García. Bogotá: Editorial Norma.

Perdomo, W. (2014). El discurso literario y el discurso histórico en la novela histórica. Lit. lingüíst.[online]. 2014, n.30, pp. 10-15.

Prieto, C. (2005). Novela histórica. Quimera. Número 263-264. Noviembre 2005. pp. 76-78.

Obando, P. (s.f.). Santander y Bolívar: los abominables hombres de "la libertad". Pasto.edu.co. Recuperado el 16 de mayo de 2015 desde <http://pasto.edu.co/?q=node/514>

Segovia, G. (12 Febrero 2012). La carroza de Bolívar. El diario del Otún. Recuperado de <http://www.eldiario.com.co/seccion/CULTURA/la-carroza-de-bol-var120211.html> el 17 de Abril de 2014.

Valencia, C. (23 Enero 2012). La tentación de los extremos. Revista Arcadia. Recuperado de <http://www.revistaarcadia.com/impresaportada/articulo/la-tentacion-de-los-extremos/27106> el 17 de Abril de 2015.

Vanegas, O. (2013). Héroe, historia y farsa en *La carroza de Bolívar* de Evelio Rosero. Perífrasis. Vol. 4, n.o 7. Bogotá, enero - junio 2013, 176 pp. ISSN 2145-8987 pp 132-148.

Verdugo, J. (2013). Carnaval y sociedad anómica colombiana en *la carroza de bolívar* de Evelio Rosero Diago. Ponencia. Simposio sobre Pensamiento filosófico literario y estético latinoamericanos. Universidad de Nariño. Pasto: Colombia.

Virviescas, P. (31-10-2012). "El abominable Hombre de las Leyes". El Espectador. Recuperado el 16 de mayo de 2015 desde <http://www.elespectador.com/noticias/nacional/el-abominable-hombre-de-leyes-articulo-384528>

García, R. (2014). Análisis de lo siniestro en La carroza de Bolívar de Evelio José Rosero Diago. Tesis Maestría en Literaturas Colombiana y Latinoamericana. Universidad del Valle. Santiago de Cali. **URI:** <http://hdl.handle.net/10893/7569>

Caballero, A. (2011). *Sin remedio*. Bogotá: Punto de lectura.

García Márquez, G. (2007). *Cien años de soledad*. Bogotá: Grupo Editorial Norma, S.A.

Kundera, M. (1992). *La broma*. Barcelona: Seix Barral.

Platón. (1988). *Diálogos, III*. Madrid: Gredos

Revista Cultural Avatares. (Abril-agosto de 2010). *Entrevista a Evelio José Rosero Diago*. No. 1. p. 65.

Rosero, E. (2012). *La carroza de Bolívar*. México, D.F.: Tusquets.